
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Curtis Garland
SANGRIENTO CARNAVAL



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

548 – La casa de las cabezas cortadas, *Ada Coretti*.
549 – En nombre de Satán, *Burlón Hare*.
550 – Yo compré un castillo, *Ralph Barby*.
551 – El cuervo rojo, *Clark Carrados*.
552 – El faro del terror, *Joseph Berna*.

CURTIS GARLAND

SANGRIENTO CARNAVAL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 553
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 40.283 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: en España: octubre, 1983
1ª edición en América: abril, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Había sido joven. Y bonita.

Ya no era nada. O casi nada. Lo poco que quedaba de ella, no resultaba agradable. Las aguas del canal habían empapado sus rubios cabellos y manchado de barro sus ropas. Pero aun sin eso, hubiera resultado igualmente lamentable su actual estado.

La sacaron del canal cuando oscurecía. Numerosas personas se agrupaban en torno al lugar, alumbrado por los focos de un coche de la policía. El personal reunido allí resultaba heterogéneo, casi alucinante. Podían encontrarse entre los presentes, que contemplaban repentinamente entristecidos la macabra faz de la muerte, desde ligeras colombinas hasta hermosas y sofisticadas versiones de María Antonieta, junto a caballeros de empolvada peluca, espadín al cinto y casaca de seda, sin que faltaran alegres *pierrots*, grotesco mascarones y ruidosos bufones medievales, así como algún que otro piel roja, grises soldados del Sur —nadie luciría, ni siquiera como disfraz carnavalesco un uniforme azul de la Unión en toda Louisiana—, y hasta frívolas griegas y romanas de ligeras túnicas y hermosas piernas desnudas.

El corro de enmascarados y disfrazados permanecía en un extraño, sobrecogido silencio que rompía la alegría pagana y bulliciosa del carnaval. Y nadie pensaba en la diversión, y sólo los lejanos ecos de murgas y comparsas, acompañando a las carrozas carnavalescas por Canal Street, por la Rué Royale o por los alrededores de City Park, llegaban muy amortiguados al escenario del fúnebre hallazgo.

—Pobrecilla... —comentó alguien al fin, una mujer por supuesto —. Era muy joven... Y bastante atractiva. ¿Se suicidó?

—Quizás —admitió otro—. Eso nunca se sabe. Tal vez iba borracha y se cayó al Canal. Hay quien no sabe beber...

—De todos modos, es una pena. Pobre muchacha... —comentó otra, compasiva.

Los agentes de policía procuraban apartar a los curiosos a empujones, rogando que circulasen y volvieran al frenesí del carnaval, dejando aquello para ellos. Pero nadie hacía demasiado caso.

Un hombre alto, fornido, de gabardina ligera, de color claro, y expresión sombría, se abrió paso entre los policías, que le saludaron respetuosos. Espetó a uno de ellos una pregunta áspera, con cara de pocos amigos bajo el sombrero, ligeramente humedecido por la reciente llovizna vespertina:

—¿Lleva mucho tiempo muerta?

—No sé aún, capitán —contestó un agente—. Parece que no. Pero hay algo que, por fortuna, la gente aún no ha visto...

—¿Qué es ello?

—Bueno, será mejor que lo vea usted cuando hayamos podido limpiar esto de curiosos, tal vez dentro de la ambulancia, si es que llega alguna vez...

—Está en camino —informó el oficial de policía secamente—. Hay demasiado tráfico esta noche, comprenda. Y además ese maldito desfile de carrozas... Mañana, después de todo, es Mardi Gras. Termina el carnaval. Son los dos peores días, usted lo sabe.

Asintió el policía, que se inclinó, confiando algo al oído de su superior. Este solt6 una sorda imprecación de disgusto y arrugó el ceño. Bajo sus hirsutas cejas, los grises ojos estrechos reflejaron una mezcla de disgusto y sobresalto.

—Sí, entonces será mejor que no lo vean —murmuró, áspero—. El doctor Valdocq está en camino también, Veremos qué nos dice...

Y dirigiendo una mirada al yerto rostro lívido, estirado, que rodeaban los cabellos rubios y empapados, antes de que una manta cayera sobre el cadáver, justo al borde del canal, en la neblina grisácea y pegajosa de la tarde ya oscura, el policía masculló entre dientes algo que ya antes habían dicho otros:

—Pobre... Era muy joven. Y muy bonita, por cierto. Oh, Dios, hace poco estaba llena de vida, de alegría, tal vez disfrutando con el carnaval. Y ahora... —sacudió la cabeza, ceñudo, mordisqueando con aire distraído un lápiz de madera con el que estaba comenzando a hacer anotaciones en un bloc.

Los agentes lograron hacer circular a los curiosos, que paulatinamente regresaron a las vecinas y concurridas calles donde llovía el confeti y restallaban los colores fugaces y quebradizos de las serpentinas. La mascarada continuaba en las calles de Nueva Orleans, en aquellas vísperas radiantes del Mardi Gras.

Poco a poco, los márgenes del canal quedaron desiertos, con la excepción de los policías, sus coches patrullas y la presencia muda y dramática de aquel bulto tapado por una manta. En la distancia, una sirena ululaba, y una ambulancia se abría paso dificultosamente entre riadas de enmascarados que bailaban y cantaban felices entre raudales de luces, risas y gritos. El multicolor espectáculo de las calles de la ciudad en pleno carnaval, era como un contraste insólito con la fría humedad y el silencio tétrico de la orilla del canal.

Antes de arribar la ambulancia, lo hizo un coche particular, pequeño y oscuro, que aparcó no lejos de la orilla del canal. Un hombre descendió del mismo, con su maletín negro en la mano. Era pequeño, enjuto y nervioso. Saludó a todos a regañadientes y se inclinó sobre la manta, destapándola.

Lo primero que encontró fue el rostro atractivo de la joven sin vida. Examinó sus pupilas azules, dilatadas y vidriosas, la contracción convulsa de los labios yertos. Meneó la cabeza, abriendo su maletín

con fría indiferencia profesional.

—Buen momento eligió la infeliz para morirse —comentó—, Mientras todos los demás se divierten...

—Me temo que ella no eligió nada, doctor —replicó con cierta acritud el capitán de policía—. Levante sus ropas, por favor...

El médico forense lo hizo así. Estaba muy habituado a ver cosas feas en su profesión. Aun así, se echó levemente atrás y puso un gesto de contrariedad.

—Dios mío —murmuró—. Otra vez esto...

—Así es —convino el capitán—. La han destrozado brutalmente. Me pregunto quién...

El médico no hizo ningún comentario ya, limitándose a examinar las horrorosas heridas que convertían el cuerpo de la muchacha hallada en el fondo del canal en una piltrafa humana, donde sólo su cabeza y manos, realmente, parecían intactas a primera vista. Bajo su ligero vestido de seda barata, de color azul pálido, su cuerpo era una auténtica carnicería. Los pechos casi ni existían, dos enormes boquetes se abrían en su estómago y vientre, con salida de parte del paquete intestinal, y los muslos y nalgas aparecían cubiertos de dentelladas atroces, profundas, que desgarraban la carne y producían hondas heridas de enorme amplitud. Era como si una bestia feroz se hubiera ensañado en ella de forma inhumana, escalofriante. El médico forense suspiró, incorporándose tras bajar el vestido de la víctima.

—Lo siento —dijo—. Tal vez la autopsia aclare algo, capitán. Aquí no puedo decirle mucho. En todo caso, que esas horribles heridas causaron su muerte. Y que, como en los dos casos anteriores, tuvo que causárselas un animal salvaje, una fiera hambrienta. Debe llevar muerta cuando menos veinticuatro o veintiséis horas.

-—Eso quiere decir que fue anoche mismo cuando la mataron —-jadeó el policía, enjugándose el sudor del rostro—. Igual que las otras dos víctimas: de noche, en lugares solitarios de la ciudad...

—¿Ha procurado encontrar al animal capaz de hacer eso? —sugirió el doctor Valdocq encaminándose ya a su coche.

—Claro. Usted dijo que posiblemente se tratase de un lobo o un perro de gran tamaño, salvaje y agresivo...

—También dije que podía ser un felino salvaje, un puma o un tigre, un león o una pantera, capitán —se encogió de hombros el doctor con indolencia—. En cualquier caso, no dejó señales de su saliva en los otros ataques. Confiemos en que esta vez haya algún residuo que pueda detectar en la autopsia... Feliz noche de carnaval, capitán.

—Váyase al diablo —rezongó el policía, malhumorado.

Y de repente, la vio.

Estaba allí, junto al canal. No se había ido, como los demás

curiosos. Simplemente, se había quedado allí, confundida entre la neblina y una tapia cercana. La mirada fija, casi hipnótica, en el cuerpo sin vida de la muchacha rubia. Lívida, hasta parecer un cadáver flotando en la bruma como los *zombies* haitianos. Ni siquiera tenía valor para hablar o gritar. No debían salirle los sonidos de la garganta. El terror, la tremenda impresión del cadáver vislumbrado, con sus espantosos destrozos, la habían convertido en una estatua viva de carne y hueso.

—¡Eh, tú! —bramó el policía, malhumorado—, ¿Qué mil diablos haces aquí? ¡Vamos, pronto, largo de este sitio, mocosa!

La muchacha reaccionó, a duras penas. Emitió un leve gritito al fin, miró despavorida al capitán de Homicidios, luego al cuerpo de la víctima, y echó a correr, desgarrándose el vestido con un saliente de la tapia. Dejó tras de sí, flotando en la niebla de la orilla del canal, un jirón de la tela amarilla, desprendido de su falda. No trató de recuperarlo, sino que siguió corriendo, alejándose del lugar de la tragedia, perdiéndose en la oscuridad del atardecer.

—Maldita sea… —refunfuñó el policía—. Esa mocosa apenas si tendría diecisiete años… y estaba ahí, como alelada, contemplando el cuerpo de la chica muerta… Seguro que esta noche y muchas más, tendrá pesadillas por culpa de su morbosa curiosidad…

Pero en ese punto, la voz de uno de sus subordinados le apartó de esa idea, haciendo que olvidara prestamente a la muchacha que fuera testigo del estado horrible de aquel cadáver.

—¡Capitán Arnoux! —llamó uno de los agentes, saliendo del coche patrulla donde había estado hasta entonces atendiendo una llamada del radioteléfono.

—¿Sí? —el oficial se volvió vivamente a su subordinado.

—Tengo un informe que puede ser válido, señor —explicó el agente, arrancando una hoja de su agenda y entregándosela al oficial —. Acaban de informar de esto de modo anónimo al departamento de policía. Se trata de alguien que, tras dar el recado, colgó sin querer dar su nombre. Han ido dos agentes a confirmar el hecho.

El capitán Arnoux asintió, leyendo la breve nota escrita por su agente en el papel:

Circo Eastern. Instalado en Fair Grounds, cerca de City Park. Un gorila evadido hace tres días, de cuya fuga no se informó a las autoridades. Es un animal violento, agresivo y con propensión a atacar a las mujeres.

—Cielos, ¿y no dieron parte de esto a la policía? —bramó el capitán, airado—. ¡Va a costarles caro, sobre todo si su maldito animal es el autor de estas muertes! ¿Se sabe a quién pertenece?

—A un domador de fieras del circo, alguien llamado El Gran Maxwell —explicó el policía—. Ignoro si quien impidió cursar la denuncia en su momento fue su domador o el director y propietario del circo, un tipo extranjero llamado Janos Kovacs.

—¿Húngaro?

—O algo así —sonrió el policía, encogiéndose de hombros—. Ya tuvo problemas con una autorización del ayuntamiento, relativa a las instalaciones del circo, según creo.

—Pues se le va a caer el pelo esta vez —refunfuñó Arnoux, que clavó sus sombríos ojos en el bulto inmóvil, mientras las luces de la ambulancia, parpadeantes, irrumpían al fin en el lugar—, Pero ocurra ahora lo que ocurra, nada ni nadie podrá devolver ya la vida a esa pobre, infortunada muchacha... ni tampoco a las otras dos que tenemos en la Morgue desde ayer...

*

Un grupo formado por tres chicos y tres chicas, todos ellos con antifaces de terciopelo negro en sus rostros, y ataviados con diversos disfraces, trataron de retenerla, tomarla por una mano y llevarla consigo hacia la Rué Royale, tal vez para sumergirse todos juntos en la locura trepidante de la multitud carnavalesca que rodeaba el desfile de carrozas, preludio del gran día del Mardi Gras.

Pero la muchacha logró eludir hábilmente a los enmascarados, que se alejaron, riendo estruendosamente, renunciando así a intentarlo de nuevo. Ella siguió adelante por Canal Street, hacia el Vieux Carré. Más adelante, procuró hacerse la distraída, cuando unas piernas de mujer se agitaron en un callejón, mientras encima de ellas un enmascarado envuelto en un dominó de seda emitía jadeos inconfundibles. Así era el carnaval, después de todo. Días para la carne y el placer, para la concupiscencia y el pecado. Ella lo sabía, pese a sus pocos años.

Caminó más ligeramente al abandonar Canal Street y adentrarse por los callejones tortuosos y pintorescos del viejo barrio Latino de la ciudad, en busca de su casa. Estaba asustada. Muy asustada.

Había podido ver aquel cadáver, el de una muchacha de poca más edad que ella misma, destrozado y desventrado por una bestia inmunda. Era una escena difícil de olvidar ahora. Tal vez fue suya la culpa, por quedarse cuando todos los demás curiosos se habían marchado. Pero a ella le atraía la muerte, no sabía exactamente por qué. Desde que viera en la bruma el hallazgo del cadáver, experimentó esa mórbida atracción que la presencia de la muerte produce en algunas personas. Tal vez era un poco de masoquismo por su parte. Sufría con ello, y no le importaba sufrir. Quizás porque

estaba demasiado hecha al sufrimiento.

Además, esas cosas horribles siempre les sucedían a los demás, no a personas como ella. ¿Por qué desearía nadie atacarla a ella, herirla de muerte, hacer de su cuerpo todavía adolescente y sin formar, una carnicería tan espantosa?

Algo, un roce, un leve ruido a sus espaldas, la asustó de repente. Giró la cabeza, pensando que vería a algún enmascarado deambulando por las calles del Vieux Carré, tratando de huir del bullicio de las vías principales, recorridas por ía cabalgata carnavalesca.

No vio a nadie. Absolutamente a nadie. El viejo empedrado estaba húmedo y brillante por la humedad y la llovizna reciente, bajo las luces de las antiguas farolas típicamente latinas. Los accesos a oscuros y angostos pasajes laterales, eran como bocas negras abiertas en la noche, a ambos lados de la calle sinuosa y desierta.

Ella, de repente, sintió miedo. Mucho miedo.

Sobre todo, cuando el apagado ruido, casi un susurro, se repitió no lejos de ella. Clavó sus ojos en las sombras espesas de un callejón. Creyó ver algo, un bulto oscuro, agazapado, moviéndose allá en el fondo. Acaso su imaginación la hizo casi advertir la presencia de unos ojos oscuros, fosforescentes en la sombra, acechándola malignamente.

Aterrada, respiró hondo, y echó a correr. Perdió una zapatilla en su carrera. No le importó en absoluto, como no le importara perder antes un trozo de tela de su sencillo vestido amarillo, aunque sabía que eso iba a costarle muy caro llegado el momento, cuando la vieja señora Chantal la echara la vista encima.

Aun así y todo, la amenaza latente de una paliza a manos de la enfurecida madame Chantal y su nada suave cinturón, le resultó casi un alivio, al evocar el cadáver destrozado en el canal, los roces en la oscuridad, la presencia ominosa de alguien, vigilándola desde las tinieblas de los estrechos pasajes y patios del barrio latino.

Se detuvo, jadeante, en una esquina, mirando a todos lados con vivo terror. No duró mucho esa inmovilidad. Estaba segura. No lejos de ella, el roce persistía, el sutil rumor producido por algo o alguien al arrastrarse fuera de su vista, no lograba quedarse atrás de modo definitivo.

Estuvo segura de algo espantoso: la seguían. La acechaban. Iban tras ella. Quizás su destino sería el mismo de aquella rubia chica de ojos azules, sumergida en las aguas turbias del canal: morir despedazada, acosada por un monstruo infernal de desconocida naturaleza.

Emitió un chillido de terror cuando el roce sonó a sus espaldas, no muy lejos, en alguna parte. Le faltó el valor suficiente para volverse y encararse con aquello, lo que fuese, si es que era ya visible. Corrió.

Corrió y corrió otra vez, sin aliento, agotada, maltrecha, hasta empujar con violencia una puerta y penetrar como una exhalación en un pequeño patio de vecindad de una vieja casa de estilo francés colonial, con escalera metálica, esmaltada de blanco, hacia una galería superior donde brillaba luz tras unas vidrieras de antiguos balcones.

Apenas hubo pisado el patio, la cancela de hierro se cerró de golpe, y una zarpa áspera brotó de la oscuridad, aferrando a la muchacha por el cuello.

Ella lanzó un agudo grito de horror y supo que iba a desvanecerse.

CAPITULO II

—¡Mala pécora, ya voy a enseñarte yo a trabajar como es debido y no a vagar por ahí para divertirte! ¿Qué mil demonios haces ahora corriendo por esas calles, y pegando gritos que pueden despertar a toda la vecindad, sólo porque te he cogido cuando tratabas de meterte en casa sin que yo te viera, seguramente para dormir a pierna suelta y no ganarte la vida como te tengo ordenado?

No. No llegó a desmayarse. Aunque sentirse cogida por la mano robusta de madame Chantal no era precisamente una bendición del cielo, esto resultaba mejor que sentirse perseguida en la noche, acosada por algo horrible que podía caer sobre ella en cualquier momento y convertirla en una piltrafa sanguinolenta e informe como a la pobre chica del canal.

—Oh, es usted, madame... —susurró la joven, aliviada—, Le aseguro que no pretendía meterme en casa para dormir... Es que me perseguían...

—¿Te perseguían? —Ia voz agria de la mujer de pelo oxigenado y rizoso que emergió de las sombras, brotó de sus pintarrajeados labios con una vaharada a absenta muy fuerte—, ¿Quién? ¿La policía?

—No, no. La policía está ocupada... Encontraron una mujer muerta en el canal...

—Oh, siempre hay muertas en el canal. Pobres chicas sin espíritu, desgraciadas que no saben adónde ir... Vamos, vamos, ¿quién te perseguía entonces, mala pécora?

—No..., no sé... Puede que fuese el que mató a la mujer del canal... Una bestia que devora el cuerpo de sus víctimas... Algo horrible que se mueve en la oscuridad, que vigila... Podía sentir sus ojos clavados en mí...

Temblaba como un pequeño animalillo asustado por una fiera selvática. Pero madame Chantal no se fijaba en esos detalles, sobre todo cuando estaba furiosa y algo ebria y necesitaba dinero. Zarandeó a la adolescente casi con rabia.

—Escuche esto, Yvonne, mocosa —farfulló con un eructo que apestó a alcohol—. Yo no tengo en mi casa un orfanato ni una casa de caridad, ¿está eso bien claro? Si protejo a golfas perezosas como tú o como Jeannette, es para que hagáis algo para ganaros el pan de cada día. De modo que ya sabes: vuelve a las calles y trae lo que sea. Te mezclas entre la gente y ya está. ¡Pero si es facilísimo robarle ¡a cartera o el billetero a cualquiera de esos lobos que andan por ahí bebiendo y cantando en medio de la multitud! El carnaval se ha hecho para nuestro negocio, Yvonne. ¡Vamos, no pierdas más tiempo y vuelve! Y no quiero verte venir sin, al menos, tres o cuatro carteras

bien repletas, ¿está eso bien claro, querida? ¡Pues en marcha, y que sea la última vez que te aviso, o tendré que medirte las costillas con una buena vara, maldita perezosa!

Le pegó un fuerte pescozón y, sin atender a sus súplicas, arrojó de nuevo a la calle a la aterrorizada muchacha, cerrando luego la cancela con llave. Sollozando, Yvonne se quedó en la acera, aferrándose implorante a los hierros forjados de la puertecilla.

—Por lo que más quiera, madame, déjeme entrar... —gimoteó—. Esta noche, no... No, por el amor de Dios... Sé que si me quedo en la calle no volveré viva... Esa cosa o lo que sea anda por ahí... Puedo presentirla... Está cerca... muy cerca de mí... esperándome... ¡*Madame*, *madame*... abra, por caridad!

Pero la verja quedó inmutable, y arriba sonó un portazo, apagándose las luces del balcón interior. Madame Chantal no bajaría ya por nada del mundo. Llevaba encima suficiente dosis de absenta como para caer en su enorme cama de dosel, roncando como una bestia, a la espera de que sus atemorizadas «protegidas» volvieran con el botín del día.

La calle continuaba vacía, extrañamente silenciosa y desierta en toda su sinuosa longitud. Los ecos del bullicio carnavalesco, ni siquiera llegaban apenas hasta allí. Los ojos aterrorizados de la adolescente, miraron en torno, con más miedo que nunca.

Echó a andar, sobre uno de sus pies aún descalzo, puesto que ni siquiera tomar otro calzado la había permitido la tiránica *madame* Chantal, ávida como siempre de fáciles y suculentas presas mediante el hurto, ciencia que tan perfectamente enseñaba a sus jóvenes y desvalidas alumnas. El suelo húmedo estaba frío y desagradable, pero no le importó demasiado. Eran otras cosas las que ocupaban en ese momento la mente de la muchacha, llenándola de vivos e inconcretos terrores.

Allí, en las desiertas calles, lejos de la algarabía del carnaval que convertía en ríos de gente, luz y música otras vías urbanas más concurridas, podía estar el peligro, la muerte. La misma muerte oculta y misteriosa que podía destrozar a una joven como la rubia infortunada del canal, brotando de las sombras de la noche. Despacio, paso a paso, se alejó de su único lugar posible de protección, la vieja casa que le cerraba definitivamente su desalmada dueña. Debía deambular por lugares concurridos, buscar a gente confiada a quien robarle la cartera o el billetero. Eso, o no ser admitida en casa. Ni siquiera poseía documentación en regla. Ninguna de las muchachas que trabajaban para *madame* en las calles de Nueva Orleans, ya fuese robando, mendigando o ejerciendo la prostitución, la poseían jamás. En cualquier momento, la policía podía caer sobre ellas y ponerlas en serias dificultades. *Madame* tenía buenas amistades, algunos agentes

corruptos que recibían dinero de sus manos, y siempre quedaba bien librada de cualquier problema.

Dejó de pensar la joven Yvonne en todo eso súbitamente, volviendo a experimentar dentro de su persona todo el vivo, lacerante terror que poco antes la invadiera. Fue como un frío glacial que penetrara en sus venas, alcanzando su corazón con afilada púa. Giró, la cabeza trémula de horror.

Llegó a intuirlo más que a verlo. Pero en cierto modo, estuvo segura de que lo había visto, y sus labios temblorosos emitieron un breve quejido de pavor. La sombra informe, extraña, se fundió con la oscuridad de un pasaje cercano. Pero no con el tiempo suficiente como para que ella no descubriese su presencia estremecedora. Nunca como entonces estuvo segura de que unos ojos siniestros, malignos, la escudriñaban perversamente desde la oscuridad. Y se preguntó, angustiada, por qué no la atacaban, a qué esperaba aquel horrible ser de las tinieblas para precipitarse sobre ella y, una vez más, llevar un cuerpo de mujer a la muerte, un nombre de víctima a la sangrienta lista de las últimas horas, que había sido mencionada en todos los reportajes de radio y televisión y cubrían la primera página de las ediciones del día de todos los rotativos locales, compitiendo ventajosamente en espectacularidad con las noticias sobre el carnaval.

La respuesta llegó de inmediato. La luz que envolvió su cuerpecillo esbelto y aterido, le dio esa contestación. Un coche se acercaba a marcha lenta, rodando por el centro de la húmeda calzada. Temblorosa de miedo, comprendió que aquello era sólo una pausa. Cuando el coche se alejara de allí, la sombra informe que vislumbrara escondiéndose en el callejón, saltaría sobre ella ferozmente, para despedazarla sin piedad.

—Oh, no, Dios mío, no... —sollozó—. No debo dejar partir ese coche...

Y con un impulso súbito, decidió, saltó de la acera, venciendo su propio pánico, para situarse ante los faros del coche que se aproximaba, cuya claridad la envolvió totalmente, cegándola. Pese a su lenta marcha, lo tuvo encima de inmediato. Cerró los ojos. Prefería ser arrollada y morir así, a verse en las garras de un monstruo capaz de hacerle a una mujer lo que ella había visto en aquel imborrable cadáver del canal.

Chirriaron violentamente los frenos. Y el coche se detuvo a poca distancia de ella, con brusquedad. Una voz varonil, fuerte y enérgica, saltó con premura, empleando un tono algo áspero al hablar:

—¡Pero muchacha! ¿Se ha vuelto loca acaso? ¿Qué pretende al hacer una tontería así? ¿Morir en pleno carnaval?

No se movió. Ni se inmutó. No le importaba lo que le dijeran. Mientras alguien estuviera allí, cerca de ella, pensó, nada tenía que

temer de «aquello» que acechaba en la oscuridad.

Alguien abrió y cerró una portezuela. Unos pasos firmes se aproximaron a ella.

—¿Estás drogada tal vez? —preguntó, con acritud—, Eres una chiquilla casi... ¿Qué haces a estas horas por las calles, exponiéndote a cualquier cosa?

Abrió los ojos. La sombra del hombre era alta, vigorosa. Una mano recia aferró su brazo y la zarandeó ligeramente, con energía pero sin causarle daño. Creyó captar unos ojos brillantes, clavados en su rostro, casi acusadores.

—Lo..., Io siento... —acertó a tartamudear—. No quería suicidarme, señor... No soy una niña. Tengo ya... dieciocho años...

—Lo dudo mucho —comentó el otro con sarcasmo—. Veamos, ¿adónde vas así? Has perdido un zapato... Tienes el pie sucio de barro, arañado... Y tu vestido está hecho una pena. Incluso te falta un trozo de tela sobre el muslo...

—Lo sé —suspiró. Miró con terror más allá de las anchas espaldas del hombre del automóvil parado en medio de la calle—. Tiene que protegerme, señor... Estoy muy asustada...

—¿Asustada? ¿Por qué? No veo a nadie por aquí. ¿No crees que es hora de que estés en casa con tu familia, ya que no quieres estar en la cabalgata de carnaval?

—No..., no tengo familia —susurró—. Y tengo miedo...

—Tendrás un sitio donde vivir, al menos.

—Sí, pero no me dejan entrar. Debo salir, ir por ahí... llevar dinero.

—Entiendo. Alguien te explota, ¿no? ¿Qué te obligan a hacer? ¿Prostituirte?

—Eso empezará el año próximo. Por ahora... sólo debo robar billeteros...

—Malditas sanguijuelas del diablo —rezongó el del coche—, ¿Cómo te llamas?

—Yvonne.

—Dime la verdad. ¿Cuántos años tienes?

—Dieci... diecisiete —rectificó sobre la marcha, tímidamente—. Cumplo dieciocho a finales de año.

—Ya. Y entonces te harán convertir en una prostituta en vez de una ladrona.

—Sí, señor...

—Voy a llevarte a esa casa donde te explotan. Y te aseguro que van a oírme. Si vuelven a obligarte a algo así, les haré pedazos, palabra.

—No, no, se lo ruego. No me lleve allí —rogó Yvonne, amedrentada--. Le prometerían todo lo mejor, señor. Luego, al

quedarme sola, me daría una paliza atroz, me dejaría encerrada días enteros, a pan y agua, hasta que escarmentara... Es muy mala, señor.

—¿Quién? ¿Quién es ella?

—*Madame* Chantal. Vive allá, en Ia vieja casa de la verja... —señaló el lugar—, Pero no es a ella a quien temo ahora. Es... al otro.

—¿El otro? ¿A quién te refieres?

—Al que está allí... —mostró el oscuro callejón, estremeciéndose—, El asesino...

—¿ Asesino de quién? —el desconocido miró en esa dirección, perplejo—. Yo no veo a nadie, muchacha.

—Se ocultó en el callejón, yo lo vi... Es un monstruo... Me sigue, me acecha... Me viene siguiendo desde el canal, donde mató a la otra chica, la pobre rubia...

—El canal..., la chica... —repitió sorprendido el hombre del automóvil—. Acabo de oír algo por la radio mientras venía. Han encontrado un cadáver en el canal Outfall. ¿Te refieres a eso?

—Sí, sí. La chica... estaba destrozada... Como devorada a dentelladas, señor... Y sé que es esa «cosa», el monstruo que me persigue... Se ocultó al venir usted...

—Bien, veamos si eso es cierto —suspiró el otro, dando unos pasos hasta su coche. Se inclinó, abrió la guantera y extrajo algo que brilló, frío y oscuro, al reflejo de los faros—. Vamos allá, Yvonne. Espérame aquí mientras yo examino ese pasaje...

—¡No, no me deje sola! —suplicó ella, viendo que el hombre sostenía con mano firme un revólver en su diestra y una pequeña linterna en la izquierda—. Iré con usted...

—Vaya... —el rostro en la sombra sonrió, perfilándose una blanca dentadura sobre ía faz invisible—. Creí que tenías mucho miedo a lo que hay en ese lugar...

—Y lo tengo, señor. Pero estando usted, ya no temo nada...

—Está bien, vamos —invitó él, situándola algo a su espalda mientras se movía con larga y firme zancada hasta llegar a la entrada del pasaje. Proyectó la luz de su lámpara ai interior, amartillando el revólver. Expectante, escudriñó todos los húmedos rincones del pasaje, revelados por la claridad de la linterna. Sólo escaparon algunas ratas de entre unos contenedores de basuras, y el asfalto mojado brilló como charol al reflejar el resplandor. Eso fue todo.

—No veo nada ni a nadie, Yvonne —dijo el desconocido con leve ironía—. ¿Seguro que viste a alguien... o creíste verlo, inducida por el miedo?

—Yo..., yo lo vi... Creo..., creo que lo vi.

-—Ah, vaya. Crees. Eso ya está mejor —resopló él, tras volver a examinar estérilmente el pasaje desierto—. Volvamos. Creo que ya está todo visto, muchacha.

Regresaron junto al coche. Yvonne, aterida, avergonzada, sin saber si todo había sido fruto de su imaginación y de su pánico, o si el misterioso ser de las sombras se había alejado definitivamente al verla acompañada, no supo qué hacer ni decir. El desconocido la contempló en silencio unos momentos. Luego, la tomó por la barbilla y alzó su rostro a la claridad de los faros. Sonrió. Yvonne le miró, descubriendo un rostro grato y atractivo, de hombre joven, de tez morena, cabellos "oscuros y ojos color café, que sonreía agradablemente, mirándola sin aire alguno de burla. Vestía un smoking negro, bien cortado, pero no podía saber si era su indumentaria normal o un simple disfraz para la víspera del Mardi Gras.

—¿No quieres volver con esa *madame*? —preguntó, suave.

—No, no quiero —susurró—. Además, no puedo volver si no llevo dinero robado...

—Está bien. ¿Vendrías conmigo a mi casa, por esta noche al menos?

—Sí, claro —alzó la mirada hacia él, con repentina desconfianza —. Pero yo...

—Espera, no pienses mal —rió él—. No vivo solo. No tienes nada que temer allí, si es lo que estabas pensando. No me dedico aún a seducir a menores.

—¿Vive con su mujer?

—No tengo mujer. Soy soltero. Pero sí hay una mujer. Mi compañera Sigrid. Y mi compañero, Malcom. Vivimos los tres juntos —volvió a reír, al ver el gesto en la ingenua cara de la adolescente—. No, tampoco es lo que piensas. Veo que esa madame te ha espabilado en exceso en ciertas cosas. No, ni Malcom ni yo tenemos nada que ver con Sigrid. Somos sólo compañeros, camaradas. Artistas los tres. Bueno, ya lo entenderás cuando lo veas. ¿Seguro que puedo llevarte sin que peligren nuestras flacas carteras?

—Yo no robo a los amigos. No me gusta robar —dijo con arrogancia Yvonne.

—Está bien, perdona. Vamos, sube al coche, te llevaré a casa. Necesitas comer algo caliente, secar tus ropas, asearte un poco y, sobre todo, dormir tranquila. No es lejos de aquí, también nosotros somos vecinos del Vieux Carré.

La muchacha subió al coche del desconocido. Este se sentó al volante. Antes de emprender la marcha, amplió su agradable sonrisa, tendió su fuerte mano a la joven, no sin antes guardar revólver y linterna en la guantera, y anunció, jovial:

—Me olvidaba. Mi nombre es Steve. Steve Whitman. Soy pintor.

—Me alegra haberle conocido, señor Whitman —susurró Yvonne —. Gracias por todo. Yo no tengo apellido. Sólo soy Yvonne. Madame me sacó con engaños del orfelinato...

—Entiendo. Lo último que puedes hacer en la vida es llamarme «señor Whitman». No creas que siempre visto así. Hoy estaba invitado a una fiesta donde debía entregar un cuadro que pinté a la dueña de la casa. Me proporcionó un cheque por valor de dos mil quinientos dólares, que llevo ahora aquí —se golpeó el pecho, riendo—, y que servirá para saldar muchas deudas acumuladas por nosotros tres. Así hacemos las cosas. El que gana algo, lo reparte para la comunidad. Y así será hasta que triunfemos por un igual.

La primera sonrisa asomó a los labios de Yvonne paulatinamente. Mientras él conducía calle abajo, y quedaban atrás el siniestro pasaje oscuro y la casa no menos torva para ella, de madame Chantal, la muchacha miró con simpatía el enérgico perfil de su nuevo amigo.

—Creo que me gustará esa casa donde usted vive... —musitó.

—Seguro que sí. Sigrid es una gran chica. Y aunque Malcolm resulta algo raro cuando no se le conoce bien, también te caerá bien, seguro. Pero eso sí, no lo olvides: sólo debes llamarme Steve, ¿está claro?

—Sí..., Steve —convino plácidamente la joven, con un suspiro de alivio.

*

Madame Chantal despertó de su borrachera.

—¿Qué mil diablos...? —comenzó malhumorada, eructando alcohol puro, y saltando semidesnuda de la cama—. Debe ser muy tarde ya, y esas zorras sin volver...

Encendió la luz y caminó, tambaleante, cubriendo con un chal sus fláccidos y caídos pechos, en otro tiempo, pujantes y opulentos. Miró entre guiños el reloj de la mesilla.

—¡Las cuatro ya! —bramó, irritada, caminando hacia la salida. Lo hizo con tal torpeza, que derribó un taburete tapizado, estrepitosamente. Miró por los cristales del balcón a la noche lluviosa. Gotas menudas de agua tamborileaban en el hierro forjado de la barandilla y en la escalera metálica que bajaba al jardín. Maldijo entre dientes, al ver la cancela cerrada—. Oh, ahora recuerdo... Esa estúpida de Yvonne... Tuve que echarla de casa para que fuese a trabajar... Y aún sigue cerrado ahí, no podrán entrar ninguna de ellas... Voy a abrir, maldición... Esta condenada noche...

Abrió el balcón y salió al exterior. El aire era húmedo y frío. La llovizna golpeó su rostro pintarrajeado y su cabello oxigenado y rizoso. Bajó la escalera de caracol a trompicones, soltando blasfemias soeces, a cada momento, hasta llegar al patio y detenerse allí, jadeante.

—A esa chica, Yvonne, hay que darla un severo escarmiento —iba

refunfuñando mientras cruzaba el patio, tras tomar alientos—. Aunque venga hoy con una buena cosecha de billeteros, mañana le mediré las costillas con mi cinturón, y luego la meteré dos días en la habitación de castigo, para que aprenda a no andar con melindres. ¡Estaríamos bien si, a sus casi dieciocho años, la dejase andar con gazmoñerías de esas! Dentro de unos meses la acicalaré para venderla al viejo verde que más pague por su condición de doncella, y para entonces quiero que se le hayan quitado todos los miedos de encima…

Rió complacida, pensando con fruición, de antemano, en el saneado beneficio que la virginidad de Yvonne le reportaría no tardando mucho, y llegó a la puerta de hierro forjado, descorriendo el pestillo y abriéndola a medias, para que sus «discípulas» fuesen entrando con su carga de dinero hurtado a los turistas y a los alegres celebrantes del radiante carnaval de Nueva Orleans.

Canturreando, algo más feliz ya, se dispuso a volver a casa, para seguir durmiendo, a la espera del balance de beneficios de aquella noche. No llegó muy lejos.

Algo se recortó en la entrada, informe y oscuro. Un ronquido extraño, susurrante, brotó de una oculta garganta. Madame Chantal giró la cabeza, sobresaltada. Se quedó horrorizada, contemplando aquella figura sombría, terrorífica, que acababa de trasponer el umbral de ía entrada, precipitándose hacia ella. Un alarido de vivo terror escapó de labios de la vieja alcahueta. La sombra la cubrió totalmente. Unas garras se alzaron en la noche, cayendo sobre ella violentamente…

El alarido se hizo un desgarrador sonido de voz que casi no era humano, mientras chorros violentos de sangre salpicaban los blancos muros y corrían por ellos copiosamente.

Un pecho de la vieja matrona saltó de su cuerpo, desgarrado por entero, mientras algo, unas feroces fauces quizás, hacían presa en la carne humana, haciéndola crujir y chirriar bajo esas dentelladas monstruosas. La mujer cayó de espaldas en el empedrado del patio, mientras la forma viviente se inclinaba sobre ella y continuaba su desgarradora, brutal masacre en el viejo cuerpo fláccido y rugoso, sin que ya la garganta emitiera voz alguna, ni los ojos vidriados, saltones, reflejasen el menor vestigio de vida.

En la madrugada húmeda de Nueva Orleans, bajo la llovizna fría, aquel ser de pesadilla continuó triturando el cadáver de su víctima, causando en todo él espantosos, increíbles destrozos, en medio de una bruta! orgía de sangre.

CAPITULO III

El capitán Arnoux, de la División de Homicidios de Nueva Orleans, contempló ceñudo las instalaciones multicolores que se extendían por todo el área de Fair Grounds a escasa distancia de City Park.

Unas grandes letras luminosas, ahora apagadas, ondeaban sobre Ia enorme capa de! circo, anunciando su nombre: EASTERN CIRCUS. Debajo, grandes cartelones, también en vivos colores, proclamaban las principales atracciones del espectáculo circense.

La mirada del oficial de policía se centró principalmente en uno de ellos, donde se anunciaba con grandes titulares la actuación del «más grande domador del mundo, con sus fieras salvajes procedentes de las junglas de todo el planeta», el «famoso, insuperable y fantástico» amo y señor de los animales feroces, «El Gran Maxwell». Junto a la figura atlética y poderosa del domador, era visible en el cartel un grupo de animales, entre los que un enorme gorila destacaba considerablemente, mirando al espectador con ojos brillantes y fauces agresivas. Junto al simio, incluso un tigre de Bengala y un fiero león, parecían empequeñecidos.

No lejos de él, se escuchaban rugidos roncos, procedentes de las jaulas situadas más allá de la hilera de roulottes que, como modernos carros nómadas, servían para viajero hogar de los artistas de circo, siempre errantes y sin lugar fijo donde permanecer. El policía hizo un gesto de desagrado, husmeó el aire, con fuerte hedor a carne cruda y a piel de fieras salvajes, y frunció el ceño cuando el hombretón alto, grueso y de mejillas congestionadas avanzó hacia él desde uno de los coches-caravana, envuelto en una bata de lana roja. Sus escasos cabellos oscuros, aparecían revueltos, mostrando su amplia calva lustrosa.

Se detuvo ante Arnoux, con aire grandilocuente, y se expresó en un inglés particularmente defectuoso, utilizando un tono de voz agudo y chillón, más adecuado para anunciar el espectáculo en la pista que para dialogar normalmente con alguien:

—Buenas noches, capitán. Permita que le reciba de este modo, pero como ha venido a una hora tan poco adecuada... Estábamos descansando todos cuando su agente me anunció su visita con carácter urgente..

—No tiene que preocuparse por eso, señor Kovacs —rechazó con ademán displicente el policía, mientras la arruga de su ceño se profundizaba por momentos, a estudiar el aire pintoresco del hombre que dirigía aquel circo ambulante—. Supongo que es usted, en efecto Janos Kovacs...

—El mismo, a su servicio —afirmó untuoso el otro con una

reverencia, dibujando en su ancha cara rojiza una sonrisa afable—. Este es mi circo, y nunca se han producido problemas en parte alguna hasta el momento. ¿Debo suponer, capitán, que su visita tiene relación con el extravío de nuestro gorila?

—La tiene, sí.

—¿Es posible que hayan dado ya con él? —se animaron los ojillos redondos y astutos del director de Eastern Circus.

—No, no hemos dado aún con él, señor Kovacs. Y lo peor es que no tenemos la menor idea del lugar donde pueda haberse metido su gorila, entre otras cosas porque, aun siendo visto por ahí, nadie daría cuenta de ello ni remotamente.

—¿Puedo saber por qué? —se extrañó el dueño del circo.

—Muy sencillo: estamos en carnaval. Para esta ciudad, el carnaval es una efemérides muy especial. Todo el mundo se disfraza de algo, por grotesco que sea. e incluso se dan sustanciosos premios por vestir algo raro y original. Si alguien ve a su gorila por pleno Canal Street, no hará el menor caso, pensando que uno más de esos disfraces, y no un animal auténtico, ¿comprende ahora?

—Oh, sí, sí, el carnaval, claro, ¿cómo no se me ocurrió?

—Señor Kovacs, debo advertirle que han cometido un error muy serio al no denunciar esa desaparición en su momento, ya que el extravío de un animal salvaje, posiblemente peligroso, es un grave error que puede subsanarse al menos en parte haciendo partícipe de ello a las autoridades, pero en modo alguno manteniendo en secreto tal hecho.

—Sí, lo entiendo muy bien —puso gesto de apuro el hombre—. Yo…, yo lo intenté, palabra. Pero fue él quien se opuso enérgicamente y decidió buscarlo por su cuenta y riesgo…

—¿El? ¿Quién es él?.

—El Gran Maxwell, naturalmente, nuestro domador. Es el dueño de «Kong»…

—Y debo suponer que fracasó en su búsqueda.

—Fracasó, sí, capitán —admitió compungido Kovacs—. Luego fue su compañera quien lo buscó por doquier, con idéntico resultado. Aseguran que no pueden entenderlo, que «Kong» siempre ha sido dócil, cariñoso y obediente como un niño…

Unas voces, no muy lejanas, interrumpieron a Kovacs. Eran pertenecientes a hombre y mujer, y la agria disputa, en la noche, llegó a oídos del capitán Arnoux con toda nitidez, pese a que tampoco el inglés utilizado por ambos era demasiado bueno:

—¡Maldito imbécil, debiste darte cuenta de que no podías enfurecer así al pobre animal, golpeándole de esa forma! ¡Eres un salvaje, un bárbaro sin conciencia

—¡Calla de una vez, harpía! —replicó la voz varonil con aspereza

—. ¡Eres tú la que no entiende que tu ama do y estimado «Kong» no es un gorila vulgar, sino un asesino nato, un monstruo feroz que odia a todos menos a ti, y que podría convertirse en una amenaza contra todos los que se crucen con él! ¡Tú y tus maldito: mimos a esa sucia bestia han hecho que me odie y que escapara! ¡Y tú tuviste la culpa, de que no aceptaste denunciar de inmediato su fuga, como aconsejaba Kovacs! ¡Ese animal suelto es una amenaza para todo el mundo, bien lo sabes!

—Con que dócil, cariñoso y obediente como un niño, ¿eh? —comentó sarcástico el oficial de policía, mirando a su apurado interlocutor—. Creo que lo que están diciendo por ahí no da precisamente esa imagen, señor Kovacs...

Y apartando suave pero firmemente al dueño del circo, el policía avanzó decidido hacia las caravanas, donde disputaban tan agriamente las dos personas. Le bastó girar en torno a uno de los coches-vivienda, para encontrarse con dos personas, a la puerta de otra *roulotte*, enfrascados en una violenta disputa. El hombre lucía pantalón blanco y un torso desnudo, musculoso broncíneo. Tenía cabellos rubios y abundantes, tal vez teñidos, ojos daros y facciones menos enérgicas de lo que su musculatura parecía reclamar. La mujer, en *shorts* amarillos y con una blusa corta translúcida que dibujaba con total nitidez sus formas a contraluz, poseía larga melena negra, sedosa, ojos llameantes, de color oscuro, y un cuerpo fibroso y fuerte, dotado de recios muslos, pechos abundantes y nalgas agresivas.

Ambos se volvieron hacia él, sorprendidos, enmudeciendo de inmediato. Arnoux sonrió con desgana, mostró su credencial y anunció:

—Soy el capitán Arnoux, de Homicidios. Escuché su charla aun a mi pesar. Y acabo de hablar con el señor Kovacs. Supongo que hablaban del bueno de «Kong», el gorila escapado...

—Dios mío, la policía —jadeó el Gran Maxwell—. Te lo dije, Ilonka. Te dije que esto se complicaría...

—¿Quién tuvo la culpa, sino tú? ¿Por qué enfureciste al animal hasta hacerle escapar? —le espetó ella con rabiosa entonación.

—El que se culpen ustedes dos mutuamente, no resuelve nada, señores —cortó el capitán—. Lo cierto es que un gorila peligroso ha escapado de este circo, y nadie presentó la correspondiente denuncia. Ahora puede ser demasiado tarde, y su responsabilidad alcanzar el grado penal más severo.

—¿Qué quiere decir con eso? —se sobresaltó el domador, palideciendo.

—Nada concreto aún. En pocas horas, tres mujeres han sido asesinadas y mutiladas horriblemente. El asesino se ensañó en sus cuerpos brutalmente, a dentella das que parecen señalar la existencia

de un feroz y salvaje ser, posiblemente un animal agresivo.

—Dios mío, no —ahora fue la mujer quien se tornó lívida, mirando al policía con gesto de horror—. «Kong», mi «Kong» no haría eso...

—¡Tú «Kong» sólo guarda sus caricias y arrumacos para ti, maldita zorra! —aulló El Gran Maxwell, enfurecido—, ¡Sabes que lo tienes cautivado, que siente hacia ti un extraño amor que es casi pasión enfermiza! Pero para los demás... no sé. Cuando sienta hambre. si se siente solo, acosado, si algo le asusta... sólo Dios: sabe lo que podría suceder.

—De modo que, según eso, señor Maxwell, su gorila sí puede ser el culpable de esas muertes... —apuntó cauteloso Arnoux.

—¡No, no es cierto, capitán! —rechazó ella ahora, interviniendo con energía—. ¡«Kong», no haría daño a nadie, y menos si se asusta y se siente acosado! ¡Pese: a su tamaño, a su aparente fiereza, es tímido y asustadizo! ¡Sólo él, con sus malditos golpes, logra enfurecerle hasta el punto de despertar su odio! Si algún día «Kong» mata a alguien..., ese alguien será él, y nadie; más que él.

Y se metió en su carromato, cerrando la puerta de golpe. El domador, desolado, miró patéticamente al policía. Sacudió su rubia cabeza, abatido.

—No la crea, capitán, no la crea —casi imploró--. Es mala. Ilonka siempre ha sido mala... Sólo mima al gorila porque disfruta dándome celos a mí... y provocando deseos extraños incluso en las fieras salvajes…

—¿Celos de un simio? ¿Deseos en un animal? —el policía hizo un gesto de repugnancia—. Su mundo no me gusta, señor Maxwell. Ni lo que usted sugiere, tampoco. Lo único que deseo es encontrar al asesino de esas infortunadas jóvenes. Hasta ahora, no existe una evidencia concreta de que sea ese gorila el culpable. Pero en cuanto tenga la más mínima prueba, no sólo será preciso cazar vivo o muerto al animal, sino también procesarles a ustedes por negligencia criminal al no denunciar el hecho en su momento.

—Pero capitán, yo no tengo culpa de que...

—Señor Maxwell, usted, su amiga Ilonka y el propio señor Kovacs se reparten la culpa en idéntico porcentaje, se lo aseguro —cortó el oficial de Homicidios, tajante—. De momento, mis hombres andan a la caza de ese animal por todo Nueva Orleans, rifle en ristre con orden de disparar si observan la menor agresividad por parte del mismo. Pero si la autopsia revela que fue un gorila quien mató realmente a esas personas, ya no habrá otra orden que cazarle a tiros... y de encarcelar a todos ustedes de inmediato. Vaya pensando en ello. Y si tiene dos dedos de frente, vístase y venga a colaborar con mis hombres en la localización y captura del animal, antes de que sea

demasiado tarde y corra excesiva sangre en estos carnavales...

Sin añadir más, el capitán Arnoux dio media vuelta, alejándose con rapidez del campamento de los artistas de circo. Poco después, su automóvil oficial partía hacia el Departamento, en la madrugada de la ciudad. Bostezó el policía, retrepándose en el asiento, fatigado. Entornó los ojos, pensando con alivio en la proximidad del descanso de su confortable lecho.

Pero antes de eso tenían que suceder aún muchas otras cosas en aquella víspera trágica del Mardi Gras. Cosa que alejarían de él, lamentablemente, la sombra acogedora del reposo bien ganado.

La primera señal fue el radioteléfono del coche. Su chófer atendió la llamada. El agente se volvió.

—Es para usted, capitán —dijo—. Urgente, desde el Departamento.

—Vaya por Dios —resopló el policía—. Tal vez hayan dado ya con ese condenado simio... ¿Sí? Aquí Arnoux, ¿qué novedades hay?

—Pronto, capitán, se trata de algo ocurrido en el barrio Latino —le informó la voz de su subordinado—. Otro asesinato.

—¡Oh, cielos, no! —tronó Arnoux, anonadado—. ¿Qué pasó esta vez?

—Una vieja alcahueta de vida rara. Se dice que mantenía chicas menores en casa, para que cometiesen hurtos y cosas así, aparte de prostituirlas para venderlas a tipos viejos y caprichosos... Alguien entró en su casa de madrugada. Oyeron gritos en la vecindad, pero como la vieja acostumbraba a chillar mucho cuando bebía o cuando golpeaba a sus pupilas, nadie hizo demasiado caso, hasta que alguien al pasar vio salir un reguero de sangre del patio...

—Acabemos. ¿Cómo la mataron?

—Al parecer, a dentelladas, capitán —fue la macabra explicación del policía situado al otro extremo del radioteléfono.

*

—Buenos días, preciosa. ¿Te apetece un buen desayuno elaborado por mis graciosas y hábiles manos?

La voz y el aroma inconfundible a tostadas, café y mantequilla, fueron un buen despertar para Yvonne. Sobresaltada inicialmente, abrió los ojos, temiendo que todo ello formara parte de un sueño. Pero no. El desayuno existía, humeaba ante ella el razón de café, y se veían crujientes y doradas las tostadas, junto a la leche, la mantequilla, y la mermelada, sobre la bandeja sostenida por aquel guapo mozo de ojos verdes, cabellos claros y sonrisa amplia y fácil, inclinado sobre su cama.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha, aturdida aún, sentándose

en la ancha y confortable cama.

—Malcom Forbes, el mejor escultor de todo el país —se presentó ceremonioso el joven desconocido—. Tú supongo que eres Yvonne, claro.

—Sí, lo soy —miró en derredor, al indescriptible estudio donde la cama resultaba un objeto incongruente, rodeado de cuadros a medio pintar, esculturas sin terminar y un sinfín de objetos para esculpir y pintar, dispersos por doquier. La luz del día, algo nuboso y triste, se filtraba por los vidrios de un tragaluz inclinado, que daba forma de buhardilla al lugar. Recordó rápidamente los sucesos de la noche anterior. Y tras un estremecimiento de temor, respiró aliviada, al recordar a un joven moreno llamado Steve Whitman, y un coche rojo que la condujo hasta aquel estudio de Bourbon Street, en pleno corazón del bohemio y pintoresco Vieux Carré.

—Pues entonces, bien venida a tu nuevo hogar —saludó divertido el joven, con otra ceremonia, poniendo la bandeja en sus manos. Luego, confidencialmente, se inclinó para hablarle en voz baja, con aire de confidencia trascendental—: No digas a Sigrid que te he traído el desayuno a la cama, o la muy perezosa se apuntaría de inmediato a la moda, ¿estamos?

—Descuida —rió Yvonne, ganada aun a su pesar por la simpatía arrolladora del joven Malcom. Miró luego en torno, curiosa—. ¿Dónde están ellos?

—¿Sigrid y Steve? No sufras por ellos. Te aseguro que aún viven. Tu amigo y anfitrión salió muy de mañana a adquirir la comida. Hoy le tocaba a él el turno de compra, y el hecho de que vendiera anoche un cuadro por un buen precio, no le excluye de sus obligaciones cotidianas conforme a las normas estrictas de la comunidad. En cuanto a Sigrid... duerme. Ella siempre duerme, no sé cómo lo hace. Bueno, duerme y hace artesanía en arcilla y todo eso. Pero sobre todo, duerme.

—Eres un vil deslenguado, Malcolm Forbes —sentenció una solemne voz de mujer desde alguna parte. Y se alzó una cortina púrpura, emergiendo por el hueco una increíble y hermosa criatura rubia, de melena dorada como la de una walkyria, grandes ojos azules, facciones angélicas y cuerpo de diosa pagana aria, bien maciza en sus formas, pero aun con ello llena de atractivo y de proporción. Sólo llevaba una corta túnica por los muslos, un slip dorado y nada entre la túnica y los majestuosos pechos erectos. Acercándose a la amplia cama donde reposaba Yvonne, disponiéndose a atacar su desayuno, añadió jovialmente—: No hagas caso de cuantas calumnias pronunció este miserable ente que presume de escultor y sólo malforma trozos de mármol o de arcilla, querida. Aquí, de verdad, sólo Steve y yo somos artistas auténticos. Aunque admito que soy la

que menos vende, y Malcolm el que más dinero aporta a la comunidad. Pero el mundo es así. Está lleno de injusticias porque la gente no entiende de arte.

Yvonne rió de buena gana ante el peculiar sentido del humor de aquellos jóvenes para ella totalmente desconocidos. Sigrid se sentó al borde de su lecho, le quitó de las manos la tostada que acababa de embadurnar de mermelada y la engulló de golpe, con gesto de deleite.

—Portentoso —aprobó—. Malcolm tuesta muy bien el pan, pero no te hagas ilusiones. Te trata con tanta deferencia porque acabas de llegar. Mañana, sin ir más lejos, es posible que coja su látigo y te haga fregar los suelos hasta el agotamiento.

Cruzó sus piernas ágilmente, con lo que se hincharon los músculos de sus bien formados y poderosos muslos, y luego se echó a reír, sacudiendo la dorada melena.

—No nos hagas caso a ninguno, querida —dijo más seria—. Aquí todo lo tomamos a broma, incluso cuando no tenemos nada que comer. Es la única manera de sobrevivir en este asqueroso mundo.

—Me caéis muy bien todos —sonrió Yvonne—. No sé cómo agradeceros esto… Steve me trajo aquí anoche porque…, porque tenía miedo y…

—No te esfuerces —interrumpió Malcolm alegremente—, Nos lo contó todo en un papel que dejó escrito sobre la mesa del comedor, antes de irse a la compra. Sigrid y yo lo hemos leído atentamente, apenas llegamos a casa.

—¿Dónde dormís vosotros? ¿Y Steve? Me dijo que me quedara aquí, pero esta cama es muy grande… Tal vez es de alguno de vosotros y yo…

—Nada de eso querida —interrumpió Sigrid poniendo una mano en el hombro de la muchacha—. Esta cama la compró Malcolm con el vago y remoto sueño de que un día lograría seducirme y ocuparla conmigo. Incluso estaba dispuesto a compartirme con Steve, llegado el caso, ya que la cama era apropiada para tres. Pero ni logró seducirme aún, ni creo que Steve deseara compartirme con alguien si llegaba un día a desearme lo suficiente. De modo que, por el momento, la cama es tuya. Yo sigo en mi litera del cuarto de atrás, Steve en la suya de su propio cuartucho… y Malcolm en el sofá del comedor, que es su lecho por esta semana, hasta que en la próxima lo cambie con el de Steve. Así funcionan aquí las cosas. Esta cama sirve para comer, bailar, oír música, pintar o hacer gimnasia, pero en absoluto para dormir, salvo que tengamos invitados. De modo que es tu cama, Yvonne. Al menos mientras seas capaz de aguantarnos a los tres.

—Me quedaría aquí toda mi vida —rió suavemente la muchacha —. Es maravilloso estar en un sitio así después de lo que he vivido

antes. Si supierais mi historia...

—Ah, no, eso sí que no —rechazó vivamente Malcolm—. Nada de historias de nadie. El pasado aquí está muerto. Nadie habla de su vida, buena o mala. Aquí sólo cuenta el presente. Y el futuro, si es que lo hay. De modo que olvida todo eso, almuerza lo mejor que puedas, y haz luego lo que te dé la gana. Aquí cada uno sigue sus propias normas. Es una sociedad perfecta. Si quieres desnudarte y bailar, allá tú. Si prefieres dormir, cantar o dar saltos mortales, es cosa tuya. Yo voy a tratar de acabar una escultura que no me sale bien ni en broma. Y supongo que Sigrid volverá a dormir, que es lo suyo.

—Maligno deslenguado —le acusó ella con cómico enfado—. Sabes bien que también debo trabajar en esas ánforas que me encargaron... De modo que dejaremos a nuestra amiga almorzar a gusto, y que haga lo que prefiera. Por cierto, querida, puedes coger un vestido mío de los que encontrarás en un armario, en el comedor. Ese vestido amarillo que traías, está hecho una pena...

Y ambos salieron de la estancia, dejándola sola, en aquella amplia cama que, al parecer, nadie ocupaba en aquella disparatada casa de artistas locos.

Desayunó con buen apetito, y se sintió después mucho mejor. Se levantó de la cama, contemplándose en un torcido espejo de la pared, entre cuadros surrealistas, con sus dos piezas íntimas, única ropa que había dejado sobre su persona la noche antes, al acostarse allí, tras un refrigerio servido por Steve Whitman, y una ducha caliente y reparadora. Su figura delicada, esbelta, juvenil, de adolescente que dejó poco tiempo atrás la niñez, destacaba con una gracia angelical, desde sus pequeños y bien formados senos hasta sus largas y bonitas piernas. Asustada de nuevo, se preguntó qué horribles propósitos albergaría sobre aquel cuerpo suyo, aún limpio y honesto, la artera mentalidad de madame Chantal, apenas pasara la frontera de los dieciocho. O, qué atroz carnicería hubiese provocado en su joven carne virginal aquel horrendo monstruo apenas vislumbrado en la noche carnavalesca.

Procuró apartar de sí ambas ideas por oscuras y estremecedoras. Encontró en el armario de Sigrid, junto a absurdos atavíos que sólo la nórdica belleza podía llevar, un vestido sencillo, en color malva, que encajó bien con su propio físico. Satisfecha, se miró en el espejo. Dio una vuelta sobre sí misma... y encontró los claros ojos de Sigrid, estudiándola risueños a través del cristal azogado. Sobresaltada, se quedó quieta, como una niña sorprendida paladeando la compota de la despensa.

Sigrid se echó a reír, acercándose a ella. La rodeó afectuosamente con su firme brazo.

—No tienes nada que temer, querida. Estás en tu casa —dijo

jovialmente—. Te sienta bien ese vestido. Te lo regalo.

—Oh, no, no —musitó vivamente Yvonne abriendo mucho los ojos —. Sólo lo tomo prestado, hasta coser y planchar un poco el mío… Este vestido es tuyo, Sigrid.

—Ya no lo es. Te pertenece —sonrió la rubia belleza—, Después de todo, a mí no me sentaba demasiado bien. Tengo demasiadas curvas para meterlas ahí. En cambio tú eres esbelta, fresca y lozana como una flor aún en su tallo, sin cortar. Te sienta muy bien, palabra. Vamos, debes aceptarlo. Es el regalo de una amiga.

—No sé cómo agradeceros todo lo que hacéis por mí —suspiró emocionada Yvonne.

—Pues no lo hagas, entonces. No tienes que agradecer nada a nadie. Steve y Malcolm son dos buenos chicos, y ambos parecen felices con tenerte aquí. Seguro que querrán cobrarse a su modo el favor. No, no me interpretes mal. Querrán que poses para ellos, seguro. Puedes hacerlo sin miedo. Son chicos decentes.

—Haría cualquier cosa, menos volver con esa horrible mujer…

—¿Ah, la madame Chantal de que hablaba Steve en su nota? Sí, debe ser terrible verse sometida a una víbora semejante… No temas, no tendrás que volver con ella.

—Pero ella me buscará… Ella me…, me tratará de encontrar como sea. Es incluso capaz de ir a la policía, de fingir que es una dama muy buena y caritativa con las chicas a quienes adopta del orfanato…

—No irá, seguro. Tendrá miedo de verse en líos. Además, ella no conoce este lugar, esta casa. La ciudad es muy grande. No darán contigo por mucho que lo intenten, al menos mientras tú no salgas de este lugar.

—¿Salir? —Yvonne se estremeció—. Oh, no, no. Si es posible, prefiero no salir a la calle. Tengo miedo. Anoche, pasé tanto terror…

—Lo comprendo. Sola, de noche, por una ciudad de locos como Nueva Orleans en carnaval… No tienes por qué salir a la calle si tú no quieres. Aquí todos hacemos lo que nos viene en gana, querida.

—Pero es que anoche… me perseguían, querían matarme… como a la pobre chica del canal…

—¿El canal? —Sigrid frunció su dorado ceño con perplejidad. Luego asintió volublemente, con aire distraído—, Oh, sí, eso. Viste lo que no debias ver y eso te asustó. No creo que nadie te persiguiera, a menos que algún sátiro enmascarado quisiera abusar de ti. Hay muchos de esa calaña en las noches del carnaval. Olvídalo. No creo que haya monstruos sueltos por las calles, ni siquiera en Nueva Orleans.

—Pues los hay, Sigrid —dijo una voz grave, profunda—. Acabo de enterarme de ello.

Ambas mujeres volvieron la cabeza hacia el recién llegado que

acababa de intervenir en la charla. Allí estaba el hombre alto, arrogante, moreno y de ojos oscuros y penetrantes. Ya no vestía de smoking, pero aun así le pareció a Yvonne muy atractivo.

—¡Steve! —exclamó muy contenta la muchacha, corriendo al encuentro del recién llegado, que en esos momentos dejaba sobre la cama absurda del estudio una bolsa de fuerte papel, conteniendo alimentos en lata y verduras y frutas en bolsas de plástico, así como una botella de vino—. Estaba deseando verte...

Se empinó sobre sus pies descalzos y besó la mejilla del joven. Este sonrió, aunque traía un gesto grave y taciturno, en el que ella reparó en ese momento.

—Ya veo que te has integrado con rapidez en nuestra pequeña comunidad —hizo notar con leve ironía—. Esto es una bienvenida agradable. Deberías aprender de Yvonne, querida Sigrid.

—Oh, no, no, que si yo te beso, tú me pellizcas el trasero, bribón —replicó la rubia riendo. Luego enarcó sus cejas para indagar—: ¿Por qué dijiste eso de que sí hay monstruos por las calles?

—Echad una ojeada a esto —dijo Steve Whitman, sacando del bolsillo de su chaqueta un periódico doblado—. Es la última edición. Será mejor que Yvonne no lo lea... al menos de momento.

—¿Por qué no? —se sorprendió ésta.

Sigrid tomó al vuelo el periódico y desplegó su primera plana. Los titulares no dejaban lugar a dudas, sobre unas fotografías del canal Outfall y el hallazgo del cadáver de la muchacha rubia, a primeras horas de la noche anterior:

DOBLE ASESINATO EN LA VISPERA DEL MARDI GRAS. UNA JOVEN EN EL CANAL, Y UNA VIEJA CELESTINA EN EL VIEUX CARRE, VICTIMAS DEL MONSTRUO QUE DESGARRA A SUS VICTIMAS. SE RUMOREA QUE UN GORILA EVADIDO DE UN CIRCO PUEDE SER EL CULPABLE.

—¡Cielos...! —suspiró Sigrid, abriendo mucho sus límpidos ojos azules. Miró luego a Steve con preocupación, doblando el periódico cuidadosamente para que Yvonne no viese la noticia—. Supongo que se trata de la misma que imagino...

—La misma, sí —Steve miró rápido a Yvonne—, Su nombre figura en la noticia de última hora. La hallaron en el patio de su casa, destrozada, sólo reconocible el rostro. Debió suceder a eso de las cuatro o cuatro y media de la mañana...

—¿Patio? —repitió Yvonne, palideciendo levemente—. ¿Qué patio?

—Bueno, hay muchas casas con patio en el Barrio Latino, como tú sabes... —contemporizó Steve Whitman.

—Esperad. ¿No se tratará de..., de ella? —sus ojos se abrieron enormemente, y tomó de manos de Sigrid el diario, sin que ésta se opusiera ya. Al desplegarlo, el cuerpecito juvenil vaciló, a punto de caer. Steve se apresuró a rodearla por la cintura con su brazo, pero Yvonne se mantuvo firme y suspiró—: Dios mío..., Madame... asesinada. Fue él quién la mató, estoy segura...

—¿EH —indagó Steve con sorpresa—. ¿A quién te refieres?

—Al que vi en el callejón, ¿recuerdas? El que buscamos en vano. Te dije que había alguien allí. Estaba segura. Cuando nos fuimos, debió saltar la cerca... y Ia mató.

—No, Yvonne. Fue mucho más tarde. Y no saltó la tapia. La policía encontró abierta la puerta enrejada, sin forzarla. La bestia, o lo que sea, entró en el patio y la atacó. Ya eres libre, criatura. Nadie te va a buscar ahora.

—Eso según se mire —terció Sigrid, preocupada—. La policía tendrá datos de las chicas «protegidas» y adoptadas por esa mujer. Buscarán su pista, por si saben algo. Y a las menores de edad las devolverán a los orfanatos de donde procedían...

—¡No, no! —gimió Yvonne, asustada—. ¡Yo no quiero volver al orfanato! Era tan horrible como vivir con la propia madame...

—Lo imagino, querida —Sigrid la rodeó con sus brazos afectuosamente, como si fuese su hermana mayor—. No tendrás que ir allí. Nosotros cuidaremos de ti, no temas. Soy capaz de casarme con Steve o con Malcom, aunque sólo sea para adoptarte.

—Habría que preguntarnos si nosotros estamos dispuestos a semejante sacrificio —objetó Steve, sarcástico.

—¡Cretino, engreído! —tronó Sigrid cómicamente—, ¿No lo harías ni siquiera por Yvonne?

—La verdad, no —rió Steve—. En todo caso... me casaría con ella.

Fue una sorprendente revelación. Pero Yvonne sintió que llegaba algo más allá de la pura broma o del cumplido. Sigrid se puso repentinamente rígida. Observó que miraba a Steve con rara fijeza, y soltaba lentamente sus hombros. De repente, el propio Steve pareció darse cuenta exacta de lo que había dicho, y se mantuvo callado, algo ensombrecido el semblante. Sigrid habló con rara frialdad, con una nota grave que no era en absoluto la que se podía esperar de una mujer como ella:

—Steve, sabes que has dicho una tontería —expuso con lentitud—. Yo nunca permitiría que te casaras con Yvonne... ni lo pretendieses siquiera.

—Es cierto —casi balbuceó el joven Whitman sus palabras, como si se sintiera cogido en una infantil travesura—. Lo siento. No debí decir esa tontería. Os veré luego.

Salió rápido de la estancia. En alguna parte del estudio, Yvonne

oyó un portazo seco. Miró aturdida a su amiga. El rubio rostro de la nórdica reflejaba preocupación.

—Yo… creo que él bromeaba —insistió la muchacha—, No debes sentir celos, era sólo una broma…

—¿Celos? —Sigrid la miró, sorprendida. Luego se echó a reír—. Oh, no, no, querida. Yo no tengo celos de Steve ni de Malcolm ya te lo dije. Aquí todos somos amigos, y nada más. Te aseguro que lo último que sentiría por ti son celos, querida.

—Pero entonces… ¿por qué le dijiste esas cosas?

—Es largo de contar, pequeña. Tú no lo entenderías —habló con rara ambigüedad—, Pero Steve no debe alentar esperanzas vanas en una jovencita como tú. Ambas sabemos que es joven, guapo y atractivo. Vaya si lo es. Pero… Steve está enfermo.

—¿Enfermo? ¿De qué? Me pareció muy saludable…

—Es una enfermedad muy peculiar, nada que se note a simple vista. Ya te hablaré de ello alguna otra vez. Ahora debe bastarte con saber que puedes contar con él como un buen amigo, pero nada más. Es lo mejor para ti, puedes creerme. Ahora, debo trabajar un rato, o esos dos me pondrán verde y con toda razón, sobre todo después de sus últimos éxitos en ventas. Te dejo, querida. Haz lo que gustes. Y olvida lo que hablamos, por favor.

Le sonrió animosa, abandonando la sala. Pero ya Yvonne no se sentía con ganas de sonreír ni de sentirse dichosa. De repente, varias cosas habían venido a ensombrecer su inicial alegría en aquella casa anárquica y divertida. La primera de ellas, la noticia del trágico final de madame Chantal a manos del monstruo que destrozaba a sus víctimas. La segunda, la referencia a aquella misteriosa enfermedad que parecía padecer el joven Whitman, y que tanto preocupaba a su compañera Sigrid.

—Es raro… —musitó la joven, inquieta—. Muy raro. Me pregunto qué le sucede a Steve… y por qué Sigrid se alteró tanto…

CAPITULO IV

—-Imposible, capitán... Mi «Kong» no pudo hacer alto tan espantoso...

—No, seguro que no, señor oficial. Ese gorila puede ser agresivo, pero no hasta este punto, por asustado que pueda estar...

El capitán Arnoux escuchó en silencio a los dos hombres, cuyas voces resonaban huecamente en el recinto de la Morgue. Hizo un gesto de asentimiento al empleado, y los cadáveres de la muchacha rubia y de la vieja madame Chantal, volvieron a las cámaras frigoríficas del siniestro recinto. Sonó huecamente cada cajón al cerrarse con su macabra carga envuelta en una sábana. Arnoux respiró hondo, paseando por el gélido lugar con aire abstraído. Allá, en la puerta de entrada, una mujer morena y sensual, permanecía quieta, pálida y serena, aunque con ojos encendidos, fijos en los cajones herméticos del refrigerador de la Morgue.

—Bien, señores —anunció el policía, al parecer poco dispuesto a abandonar aún el lúgubre escenario donde se hallaban los cuatro ahora—. Según ustedes, ese gorila no atacó a estas mujeres, ¿verdad?

—Yo juraría que no, capitán —declaró fervorosamente El Gran Maxwell.

—Yo también —corroboró débilmente el empresario Kovacs, con colores mucho menos acentuados en su rostro bajo la macilenta luz azul de los fluorescentes del depósito de cadáveres.

—Pero habrán comprobado los destrozos. Son horribles. Ningún ser humano hace algo así a sus víctimas. Es como si las hubiera mordido, triturado con colmillos e incisivos...

—«Kong» no mordió jamás a nadie —rechazó sordamente Ilonka desde la puerta—. Sólo es peligroso con la fuerza de sus brazos.

—Puede estar hambriento, señorita Vaszas —respondió fríamente Arnoux—. Pero admito que aún nos falta la prueba básica para acusar a su animal de estos hechos: la autopsia, que nos revelará si hay indicios de saliva de simio en las heridas.

—La hemorragia podría borrar esos indicios, ¿no es posible? —sugirió el domador.

—Por supuesto. Imaginamos que ha sucedido ya en otros dos casos. Durante este carnaval, han aparecido muertas de igual forma dos jóvenes muy bellas, una llamada Ava Kirkwood, de profesión actriz, y otra llamada Nelly Randsome, de profesión modelo. Ahora tenemos a esa jovencita rubia, identificada como Kirk Wayne, bailarina de un music-hall local... y finalmente a madame Chantal, mujer de vida oscura, antecedentes alcohólicos, protectora de menores sin familia... y posiblemente explotadora de esas menores, si

mis sospechas no son vanas. Una extraña baraja de víctimas, todas ellas mujeres. Tres jóvenes artistas y una vieja celestina. Todas ellas con algo en común: fáciles de encontrar por la noche fuera de sus casas, cuando el resto de la ciudad duerme en días normales, o se divierte ruidosamente en los carnavales.

—Yo diría que son los crímenes de un sádico, no de un animal asustado y huido —sugirió la voz grave de Ilonka Vaszas, clavando sus oscuros ojos llameantes en el policía.

—Yo también. Pero hasta ahora, ningún sádico mató así a nadie, ni siquiera el famoso Destripador en Londres del pasado siglo. El utilizaba al menos cuchillo o bisturí, los cortes eran limpios, precisos. Esto, no. Parecen mordiscos, desgarros brutales hechos con los dientes, devorando el cadáver o intentándolo cuando menos.

—Ya veo que usted insiste en acusar de toda esta barbarie a mi gorila —se quejó amargamente El Gran Maxwell.

—¿Qué haría usted en mi caso, con este abanico de víctimas, sabiendo que un animal salvaje anda suelto y cuyo paradero se desconoce por completo? —se irritó Arnoux.

—Está bien, admito que es posible que sea obra suya, pero me resisto a aceptarlo así, sin más —se apresuró a responder el domador —. ¿Qué espera que pueda hacer yo?

—Buscar por todas partes, tratar de hallar a su maldito mono, Maxwell, o le encerraré en prisión, junto con su compañera y su empresario por una buena temporada. Tal como empiezan a estar los ánimos en la ciudad, no le extrañe que si practico unas detenciones, la gente quiera lincharles, tomándose la justicia por su mano.

—No, espere —rogó Maxwell, asustado—, Ilonka y yo iniciaremos la búsqueda, si nos ayudan ustedes. Es preciso dar con «Kong» lo antes posible, y probarle entonces que él es inocente por completo.

—Ojalá sea así y pronto, o el asunto escapará de mis manos. Tienen a un grupo mío, especializado en tareas semejantes, dispuesto a cooperar con ustedes. Dirija usted la operación a su modo, Maxwell, pero hágalo y pronto, lo mejor posible. Es un consejo por su propio bien y el de sus amigos. Eso es todo.

Tras pronunciar esas palabras adustas, el oficial de Homicidios abandonó la Morgue sin esperar siquiera a los tres miembros del circo, que se miraron, sobrecogidos, en el silencio tétrico del depósito, antes de apresurarse a seguirle, lejos de aquel lugar escalofriante.

*

El bullicio que venía de la calle crecía por momentos.

Yvonne miró hacia el tragaluz del estudio, prestando atención al reflejo de luces en un muro situado más allá de la vidriera del techo.

Malcolm comentó con una risita:

—Ya está aquí la noche grande del carnaval, amigos. Mardi Gras. El último y mejor momento para la gran mascarada. El viejo Barrio Latino empieza a poblarse de máscaras, confetis, serpentinas, gritos, risas y diversión.

Steve y Sigrid asintieron, sin dejar de cenar. Malcolm sirvió nuevamente el vino en las copas.

—Creo que tendríamos que salir por ahí y divertirnos un poco —comentó—. Aún guardo unos cuantos antifaces en el baúl. Supongo que con eso bastará, a menos que también queráis disfraces...

—No, no, eso será suficiente —admitió Steve, distraído—. Al menos para mí.

—Yo preferiría vestir de Eva, pero me temo que la policía no iba a permitirme ese disfraz —comentó a su vez Sigrid con una carcajada.

—Eso, seguro —corroboró Malcolm, riendo también—. Además, con tus pechos desnudos, ¿quién diablos iba a poder caminar por la misma acera que .tú?

—¿Eso es un cumplido o una grosería? —quiso saber la rubia belleza.

—Depende de cómo te lo tomes, encanto –sonrió Malcolm Forbes, guiñándole un ojo—. Además, siempre podrías llevar a una troupe de enanos protegidos por ellos, por si acaso vuelve a llover. Seguro que con esa marquesina no se mojaban.

Steve rió también, y Sigrid fingió enfado, aunque parecía sumamente orgullosa de su magnitud pectoral. Miró a Yvonne, que se había limitado a sonreír pálidamente ante el raudal de bromas.

—¿Eh, qué te pasa a ti? —quiso saber su amiga—. ¿Por qué tan triste en la noche del Mardi Gras, querida?

—No sé... Tal vez no he podido olvidar aún lo de madame... —susurró la muchacha.

—Vamos, vamos, no fue tan malo. Al menos por una vez, ese monstruo hizo algo justo —apuntó Malcolm risueño—. Hay que admitir que resolvió una serie de problemas así, por las buenas, y de una sola vez. Ahora eres libre y no tienes nada que temer de esa vieja bruja. Yo que tú, buscaría al monstruo para darle un beso.

—Por favor... —rogó la joven con un escalofrío repentino, cerrando sus ojos y respirando fuerte—. No digas eso, Malcolm... Yo... yo pude ser su víctima anoche, Steve lo sabe.

Los ojos de Malcolm y de Sigrid se fijaron en el aludido, que se mantuvo inexpresivo, con una sombra de incertidumbre en su rostro bronceado y atractivo. Los verdes ojos profundos de Malcolm parecieron brillar por un momento con una rara luz.

—Sí, claro, lo había olvidado —susurró Malcolm, como arrepentido de lo dicho.

—Eres un bruto, Malcolm —le reprochó Sigrid con aspereza—. A Yvonne no creo que le haya complacido lo más mínimo la forma de «arreglar» los asuntos que tiene ese asesino, sea un gorila o un ser humano.

—Además, Yvonne está segura de que la seguía anoche a ella —apuntó débilmente Steve—, Cree que la fue vigilando, acechando desde el canal, tras el hallazgo del otro cuerpo sin vida...

—Cierto, no pensé en ello —se excusó Malcolm, aturdido. Miró a Yvonne y puso su mano sobre la de ella—, ¿Me perdonas la broma de mal gusto, querida?

—Claro —sonrió Yvonne con más ánimo—. No tengo nada que perdonarte, Malcolm. Tú no podías acordarte de eso. Pero Steve me encontró y sabe el miedo que sentía en ese momento...

—Pero no llegasteis a ver en ningún momento al monstruo, ¿verdad? —indagó Malcolm, mirando de soslayo a su amigo Steve.

—No, nunca —negó éste—. Lo buscamos en vano. Si estuvo allí antes, debió huir al acercarme yo con el coche.

—Fue muy oportuna tu llegada, hay que reconocerlo —apuntó Malcolm, como al azar.

Pero Yvonne captó algo peculiar en su comentario. Le miró, rápida, y observó que estaba mirando a su vez a Steve de soslayo, con gesto expectante. Whitman, como si no lo advirtiera, tomó un sorbo de vino y asintió.

—Sí, muy oportuno —admitió—. Me alegro de ello, sinceramente.

Puso la copa sobre la mesa. Se volcó, derramando el vino tinto sobre el mantel. Yvonne lo contempló, hipnotizada. Era como ver correr la sangre encima de la tela blanca. Se estremeció. Steve se excusaba ya, tratando de enjugar el vino derramado.

—Es igual —dijo Sigrid, sin mirar a nadie—. Lo limpiaré mañana.

Repentinamente, parecía no haber aire festivo en el lugar, pensó Yvonne, inquieta. Pero la sensación duró sólo un instante. De repente, Malcolm se puso en pie, y con su proverbial jovialidad anunció a todos:

—Bien, camaradas, ha llegado la hora de prepararse para el festejo. Voy a por los antifaces. Esta noche de Mardi Gras, todos iremos a ver las carrozas y a divertirnos un poco.

—No, yo no —musitó Yvonne, tímida—. Me quedaré aquí...

—Nada de eso. Steve, Sigrid y yo vamos a salir. No te dejaremos sola ni un momento. Vendrás con nosotros. No tienes que temer nada en la calle. Ya no .tienes a tu madame esperándote, y nos tendrás a los tres para protegerte. ¿Eso puede darte miedo?

—No, no es eso, pero...

—Entonces, no se hable más —sentenció Forbes— ¡A divertirnos todos, muchachos! Es el último día del carnaval. Mañana, sólo

quedará de él resaca, papeles de colores en las calles, y poco dinero en los bolsillos. Pero todo el mundo se habrá divertido, que es lo que importa.

Yvonne ya no pudo negarse a nada. Malcolm era un torbellino organizando las cosas. Poco después, todos ellos lucían antifaces de terciopelo en el rostro. Negros los de los hombres, rojo el de Sigrid, verde brillante el de Yvonne.

Cogidos alegremente del brazo, los cuatro se lanzaron a las bulliciosas, radiantes callejuelas del viejo Barrio Latino, en busca de la diversión suprema del Mardi Gras, la gran fecha del carnaval de Nueva Orleans...

*

La muchedumbre llenaba las calles de jolgorio, estruendo y confusión, bajo luces cambiantes, lluvias de serpentinas, papelillos de mil colores y raudales de música de todo tipo, ruidosa toda ella sin excepción, entremezclando ritmos del trópico, lánguidos blues y la trepidante música negroide propia de tales festejos en el viejo Nueva Orleans.

El aire olía a sudor humano, a pólvora de cohetes y fuegos de artificio y a sensualidad latente, que convertía el mágico rito pagano del carnaval en el ceremonial del sexo y del deseo sin freno. Era frecuente ver, junto a máscaras total y pudorosamente vestidas, los semidesnudos de las más audaces y el culebreo perezoso y erótico de las mujeres de color, entremezcladas con la heterogénea masa de gentes y razas que pululaban por las calles de la ciudad en fiestas.

—Increíble —ponderó Malcolm, cubierto su rostro por el negro antifaz, y sólo con una bata de seda bordada de dragones como único disfraz—. Es el aire mismo el que huele a carnaval, a paganismo y voluptuosidad. ..

—Yo diría que casi huele a sangre —sentenció con voz grave Steve Whitman, ataviado con su inevitable antifaz negro y una larga túnica de seda negra.

—¿Sangre? —los ojos de Malcolm y de Sigrid se cruzaron, perplejos, en una mirada de mutua crispación—. ¿Por qué dices eso, Steve?

—No sé. Es algo que he intuido más que notado —confesó el aludido, encogiéndose de hombros—. No me hagáis demasiado caso. Ta! vez asocio siempre el carnaval con ía sangre y la muerte... Supongo que hay una razón para ello, no sé../

Y sin aclarar más, siguió avanzando en primer lugar, abriendo paso a sus otros tres compañeros de nocturna correría. Aunque Yvonne escudriñó a sus acompañantes, no observó que ninguno de

ellos quisiera hablar de la cuestión. Tal vez por ello mismo, fue ella quien aventuró una tímida pregunta en voz baja:

—¿Qué le ocurre a Steve? ¿Por qué dijo eso?

—Es mejor no hablar de ello —murmuró Sigrid, sacudiendo la cabeza, mientras envolvía su exuberante figura de walkyria en los amplios pliegues de una negra capa de terciopelo que le daba el aspecto de un rubio murciélago gigante.

—Sí, es preferible —corroboró Malcolm, pensativo, su mirada fija en la espalda de su amigo y camarada—. Después de todo, no puede olvidar que lo de Susan también ocurrió en carnaval, precisamente en vísperas del Mardi Gras...

—¿«Lo» de Susan? —repitió Yvonne, llena de morbosa curiosidad —. ¿Qué fue ello, Malcolm?

—Oh, olvídalo —se aprestó él a interrumpir, de nuevo con su eterno aire jovial, señalando las nuevas carrozas que venían por la avenida—. ¡Mirad eso, chicas! ¡Nada menos que muchachas desnudas a la vista!

Así dio carpetazo momentáneo Malcolm Forbes a «lo» de Susan que citara antes. Yvonne miró sin mucho entusiasmo a las jóvenes curvilíneas que, con sólo unas escasas lentejuelas dispersas entre sus muslos, ofrecían en lo alto de una majestuosa carroza su resplandeciente hermosura física, como compendio auténtico del simbolismo mágico y procaz de los carnavales.

Pero en la mente de la muchacha, el nombre de aquella Susan desconocida, unido al raro comportamiento de Steve Whitman últimamente, no dejó de seguir dejando su huella persistente y, en cierto modo, inquietante también.

Sangre... Pensó que el carnaval no tenía por qué oler a sangre, como decía Steve. Pero, ciertamente, recordando a la chica del canal o a madame Chantal, destrozada en su patio, sí había hedor a sangre y a muerte en aquel alegre Mardi Gras...

Pese al jolgorio reinante, al ambiente festivo y delirante de aquel festejo en las calles, bajo la lluvia de confeti y de serpentinas, Yvonne volvió a sentir, súbitamente, el mismo helado terror que la noche antes la llevara al borde del paroxismo.

Y esta vez, ni siquiera sabía por qué. Alrededor suyo, todo era un torbellino de luz, de color, de gritos, risas, cánticos, estruendo. Las carrozas pasaban incesantes, la gente les desbordaba en humana riada bulliciosa, los más inverosímiles disfraces desfilaban ante sus ojos aturdidos, como un carrusel sin principio ni final.

De repente, se dio cuenta de ello.

Ahora sí tuvo miedo. Un repentino terror sin límites, al comprender lo sucedido.

¡Estaba sola en medio de la acera, rodeada de gente desconocida!

Angustiada, miró en torno. No vio el menor rastro de sus amigos. Una infernal barahúnda, un cúmulo de enmascarados de ambos sexos bailaban a corro en torno de ella o la arrastraban calle abajo, como impulsada por una devastadora riada.

—;Steve! ¡Malcolm! ¡Sigrid! —gritó, exasperada, tratando de abrirse paso entre todos aquellos locos, buscando en vano la menor señal de la presencia de sus amigos.

Sólo risas, ojos burlones, muecas grotescas, formaron en torno de ella un cerco demoníaco, enloquecedor. Se sintió zarandeada, arrastrada, empujada sin piedad por docenas, por centenares de personas medio ebrias que no la prestaban el menor caso.

Cuando logró zafarse de ellas a la desesperada y meterse en una calle transversal, tranquila y en sombras, con la respiración agitada y el corazón palpitando violentamente en su pecho, la riada humana siguió su cauce sin preocuparse más de ella. Pero el mal ya estaba hecho. Se encontraba desconectada de sus amigos. Sola en medio de Ia multitud. Tan sola como si no hubiera nadie más que ella en las calles de la ciudad en fiestas.

Miró en torno, preocupada, tratando de orientarse. Era difícil con aquel caos que la circundaba. Pensó que lo más prudente era volver sobre sus pasos, buscar el camino de casa, para regresar allí y esperar a sus nuevos y originales camaradas, entre los que se sentía segura al menos.

Dio media vuelta, saliendo del callejón donde se metiera. Caminó pegada a la pared, rehuyendo a los enmascarados que pretendían arrastrarla consigo, contra corriente de la multitud cada vez más enloquecida y frenética. Agotada, incapaz de seguir mucho más tiempo contra aquella marea envolvente, volvió a agazaparse en una bocacalle tranquila, se apoyó en un muro de ladrillo y esperó, tratando de recuperar el ritmo normal de su respiración.

En ese instante, desde la altura, cayó ante ella la figura peluda y amenazadora de un gorila, emitiendo un pavoroso rugido. La bestia se situó entre ella y la calle iluminada y la contempló con ojos brillantes y fauces abiertas, sin dejar de rugir.

Yvonne chilló desgarradoramente, a punto de desplomarse, vencida por el horror.

CAPITULO V

—¡Eh, preciosa, ¿por qué te asustas? —dijo el gorila—, ¿Tan feo me encuentras?

Y el monstruo velludo y oscuro se despojó limpiamente de su cabeza, mostrando bajo la misma, la cara mofletuda de un tipo maduro, medio calvo, que la miraba con ojillos maliciosos.

—¡Estúpido, váyase de aquí, pronto, o llamo a la policía! —chilló Yvonne, convertido su pánico en ira cuando advirtió que un simple disfraz la había llegado a aterrar de tal modo—. ¿No tiene nada mejor que hacer que asustar a los demás?

—Perdona, encanto, ya me voy —rezongó el otro, malhumorado —. Ya me dijo mi mujer que el disfraz era demasiado realista, maldita sea...

Y se encasquetó de nuevo su espantable cabeza postiza, saliendo a la calle repleta de gente, donde se abrazó de inmediato a una mulata de amplias caderas, alejándose con ella entre la marea humana que lo invadía todo.

Yvonne sacudió la cabeza, respirando con fuerza tras el tremendo susto que le diera aquel tipo. Salió precavidamente del callejón, escudriñando la calle en busca de sus amigos nuevamente. Inútil empeño, porque nada familiar apareció ante sus ojos. Siguió caminando contra corriente, sin poder evitar besos y hasta pellizcos de los más audaces. De súbito, sus ojos corrieron al lado opuesto de la calle.

—¡Steve! —exclamó, aliviada. Y alzó la voz para llamarle con más fuerza—. ¡Eh, Steve, soy yo, estoy aquí! ¡Steve!

Steve, si es que era él, le daba ya la espalda, metiéndose en otro callejón, al lado contrario de la avenida convertida en desfile de rutilantes carrozas. El kimono estampado flotó tras él un momento, antes de sumergirse en las sombras.

Yvonne se apresuró a cruzar, entre comparsas, carrozas y máscaras, salvando la calzada inundada de papeles de colores, para alcanzar la entrada al callejón donde viera entrar a Steve Whitman. Le llamó de nuevo, con más fuerza:

—¡Steve! ¡Soy yo, Yvonne! ¡Steve, por amor de Dios, espérame!

Y corrió hacia el interior del callejón, tratando de alcanzarle. Allá, lejos, oyó un rumor de pisadas que se alejaban. Antes de que llegara a mitad del callejón, supo que 4o había perdido definitivamente. Steve ya no estaba allí, si es que no había cometido un error y ni siquiera se trataba de él.

Vaciló, sin saber qué hacer. El callejón era largo y estrecho, de suelo empedrado, como tantos otros del Vieux Carré. Además, estaba

profundamente oscuro todo él, sin más luz que la que venía reflejada desde la rutilante avenida de las carrozas carnavalescas.

De repente, Yvonne volvió a sentir miedo.

Miedo a lo oscuro, a lo silencioso, a lo desconocido. Miedo a la noche, a la ciudad, al invisible monstruo asesino que mataba mujeres. Despavorida, miró a la que ahora parecía lejanísima calle bien alumbrada y repleta de gente. Deseó estar de nuevo en ella, aun a costa de soportar las procaces caricias y bromas de los enmascarados liberados por unas horas de sus prejuicios y frenos morales.

Echó a andar con rapidez, sin pérdida de tiempo. No sabía si era sólo producto de su imaginación, pero ahora volvía a sentir cerca de ella aquella presencia susurrante, ominosa y terrible, aquella forma inconcreta en las tinieblas, acosándola malignamente, presta a saltar sobre ella para destrozar su cuerpo bestialmente.

Miró atrás. No, no vio nada ni oyó nada. Siguió avanzando, cada vez más de prisa, arrepentida de haber creído ver a Steve y correr en su busca. Sin duda también eso pudo ser producto de su fantasía, pensó angustiada, la vista fija en la distancia.

Y, de repente, lo vio.

Supo que esta vez no era imaginación. Vio algo en la oscuridad. Una forma, un bulto pegado a la pared, no lejos de ella.

Y unos ojos.

Unos ojos vidriosos, malévolos, fijos en ella, con un extraño y frío brillo mortal. Un sudor helado empapó el cuerpo de la adolescente. Tembló su carne estremecida por el pánico, y la angustia misma ahogó su voz, impidiéndola gritar.

No podía seguir adelante. Aquella forma, aquellos ojos, estaban allí, ante ella, a menos de dos yardas de distancia. El terror aherrojaba sus miembros con una tenaza helada.

Tal vez hubiera muerto de miedo si en ese momento no se hubiera abierto providencialmente una ventana, en el muro opuesto, y su luz súbita no hubiera caído sobre la forma oculta en la sombra, bañándola en claridad reveladora.

Yvonne se encontró ante algo que no esperaba. La presencia terrorífica cobró una nueva y no menos espantosa dimensión al ser herida por la luz. No se trataba de monstruo alguno. Pero sí de la presencia misma de la Muerte en su más escalofriante apariencia física. Las rodillas de Yvonne temblaron violentamente, estaba a punto de caer.

Porque lo que estaba viendo no era otra cosa que un cuerpo humano doblado, sentado contra el muro, cuyos ojos vidriosos, desorbitados, eran los que viera ella brillar en las tinieblas. Era el cuerpo de una mujer joven, una mulata esplendorosa, de piel color canela. Ahora de todo eso quedaba muy poco.

Sus pechos habían sido reventados, desgarrados bestialmente, había boquete, atroces en su vientre y estómago, y sus nalgas y muslos eran puros jirones de carne, sangre y huesos descarnados. Todo ello, yacía sobre un charco espantoso de sangre aún reciente, corriendo por entre el empedrado con un siniestro brillo escarlata.

Esta vez sí. Esta vez, Yvonne chilló, chilló y chilló de horror infinito, trémula y descompuesta ante la horrenda escena de sangre y de muerte, ante el rostro, sin duda atractivo en vida, de la infortunada mulata, ahora máscara rígida y horrible de dolor y agonía.

En ese preciso instante, una sombra emergió a espaldas de Yvonne, y una fuerte mano cayó pesadamente sobre su hombro. El chillido de pavor de la joven se ahogó en un estertor ronco.

Luego, la aterrorizada muchacha se desplomó a pies de quien acababa de tocarla.

*

—¿Se encuentra mejor, jovencita?

No supo en principio lo que había ocurrido. Pero le tranquilizó, aunque sólo en parte, ver el uniforme del policía, algo más allá de donde el hombre de la gabardina se inclinaba sobre ella, haciéndole la pregunta.

Miró al hombre, tras un parpadeo repetido, tratando de cohesionar sus ideas. Recordó haberle visto antes en otro sitio. Sí, la noche anterior, a la orilla del canal, cuando encontraron a la chica rubia muerta... Era el policía que la asustó con sus reproches al descubrirla husmeando por allí.

—Le pregunté si se encuentra mejor —insistió el hombre calmosamente.

—Sí, gracias, creo que sí... —musitó ella tímidamente—, ¿Qué..., qué sucedió?

—Eso quisiera preguntarle yo, amiga mía —declaró el capitán Arnoux arrugando el ceño y poniendo los brazos en jarras, erguido ante ella—. Está usted en un lugar donde, casualmente, han matado a otra mujer. Es la segunda vez, si no me equivoco, que la veo a usted cerca de un cadáver en pocas horas. No lleva nada que la identifique y juraría que es menor de edad. ¿Cuál es su nombre?

—Yvonne...

—Yvonne, ¿qué más?

—Nada más —gimió ella—. Soy..., soy huérfana, no tengo familia.

—Ah, vaya... —los ojos astutos de Arnoux la estudiaron atentos—. Creo entender. Usted es una de las jovencitas adoptadas por madame Chantal para la explotación ilegal mediante latrocinios y prostitución, ¿no es cierto?

—Sí… sí, señor —admitió Yvonne, humilde.

—De modo que, según eso, son ya tres los casos de asesinato relacionados de un modo u otro con su presencia, en sólo veinticuatro horas, jovencita. Porque su patrona protectora también está muerta, de un modo idéntico a las otras dos, ya debe saberlo.

—Sí, sí, lo sé…

—¿Acaso la encontró también usted, y luego escapó asustada sin informar de ello a nadie?

—No, no, señor… Yo leí la noticia en los diarios hoy. Anoche, ella no me dejó entrar, me obligó a volver para robar a la gente… Y cuando me fui, debieron matarla…

—Sin duda. ¿Cuántas carteras robaste, granujilla?

—Ninguna, señor, lo juro. Estaba decidida a no robar nunca más a nadie aunque ella me matara a palizas. Además, tenía mucho miedo…

—¿Miedo? ¿A qué? No pareces tenerlo para estar siempre en el sitio donde no debieras estar…

—Verá, señor. Yo…, yo estoy segura de que el monstruo me sigue… me vigila.

—¿Monstruo? ¿Qué monstruo?

—El que mata a las mujeres… Creí verlo, sentí su mirada fija en mí anoche. Juraría que me siguió desde el canal hasta la casa de madame…

—¿De veras? Pues entonces vale más que no sigas jugando o te encontrarás con un serio disgusto. Mira, yo soy el capitán Arnoux, de Homicidios, y voy a ocuparme de ti. Está a punto de llegar una ambulancia, si es que ese maldito carnaval deja pasar algún vehículo a tiempo. El patrullero que te oyó gritar y vino a ayudarte, te encontró ante ese cadáver, y luego tú te desvaneciste cuando él te tocó. Cuando se hayan llevado a esa pobre mulata asesinada, otra ambulancia te conducirá a un centro donde te examine un médico. Posteriormente, me ocuparé de encontrarte un establecimiento en el que puedan atenderte adecuadamente hasta tu mayoría de edad y puedas olvidar todo esto que has vivido.

—Yo no quiero volver al orfanato, capitán —musitó Yvonne, patética.

—Eso no está en mi mano, pequeña, sino en la de un juez que decida al respecto. No debes temer nada, estarás mejor en cualquier sitio que deambulando por las calles de una ciudad donde un animal salvaje o un loco bestial está asesinando mujeres solitarias. Esa desdichada era una pobre prostituta que hacía su agosto con el carnaval. Ya terminó su carrera definitivamente… No querrás seguir sus pasos, ¿verdad?

—No, claro que no, capitán, pero me gusta ser libre…

—Lo serás a los dieciocho años, cuando consigas un trabajo

decente y un puesto en la sociedad, no temas —prometió sordamente el policía.

Yvonne contempló desde el asiento del coche patrulla donde había sido acomodada provisionalmente, la manta que piadosamente extendiera alguien sobre el cuerpo destrozado de la mulata. Un escalofrío sacudió a la muchacha.

Allá en la distancia, sonó la sirena de una ambulancia, acercándose lentamente al lugar. Arnoux se volvió, acercándose a los agentes de servicio en el callejón, para ocuparse de Ia llegada del vehículo sanitario donde debía ser evacuado el cadáver de la infortunada víctima.

En ese momento, nadie prestó atención a Yvonne. Ella se incorporó, esperanzada, mirando en torno. Pensó en el orfanato, en alguna otra horrible instalación deshumanizada, como aquélla, donde sería solamente un número, durante casi Un año entero, para salir de allí amargada y hastiada de muchas cosas. Esto de ahora era la libertad, aun con sus peligros y riesgos. Si pudiera reunirse de nuevo con Malcolm, con Steve,- con Sigrid...

—¿Por qué no intentarlo? —musitó, mirando en derredor y advirtiendo que ninguno se preocupaba' de ella en esos momentos—. ¿Por qué no?

Y tal como lo pensó, lo hizo. Echó a correr hacia la cercana calle invadida de público, de luces, de carrozas, de gente. Cuando se alejaba a toda marcha, el grito del capitán le llegó, mezclado con una imprecación poco apropiada para los oídos de una dama:

—¡Eh, esa chica, por todos los diablos! ¡Cogedla, no dejéis que se escape! ¡Es necesaria como testigo, puede correr peligro si anda sola...! ¡Cogedla, maldita sea!

Oyó correr a los patrulleros tras ella, pero no hizo el menor caso ni trató de frenar su carrera. Antes al contrario, se apresuró lo bastante, se mezcló entre las gentes que invadían calzada y aceras en la avenida, y aunque los dos patrulleros la siguieron esforzadamente, abriéndose paso a duras penas entre la multitud, acabó por perderles de vista de modo definitivo, allá a sus espaldas.

Jadeante, sin aliento, se detuvo junto a una carroza y un grupo de bulliciosos enmascarados. Ya no se veía el menor rastro de uniforme alguno policial. Sonrió, aliviada, al haber dado esquinazo a los hombres dei capitán Arnoux. Después de todo, de algo le servían ahora las enseñanzas de la astuta madame Chantal.

Ya no abandonó la calle repleta de gente y de luz, escarmentada por su siniestra aventura en el callejón. Utilizando sus mejores artes para hurtar un billetero, despojó a un ebrio enmascarado de su cartera, pero sólo para quitarle de ella diez dólares, volviendo a po nerla luego en el mismo bolsillo de donde la quitara.

Con ese dinero, se acercó a una parada de taxis y dio a uno la dirección de la vivienda de sus amigos en el Barrio Latino. Aunque el taxista la miró, algo desconfiado, al ver en manos de la muchacha los billetes de curso legal, se abstuvo de hacer preguntas y la llevó al lugar indicado sin perder más tiempo.

Yvonne sabía ya que sus amigos dejaban siempre la llave bajo el felpudo de la puerta, entre otras razones porque, según ellos, no había nada en su vivienda que pudiera atraer el interés de ningún ladrón. Apenas hubo llegado allí, Yvonne recogió la llave de debajo de la pequeña y raída alfombra, y entró en el estudio habilitado para vivienda y lugar de trabajo por sus tres pintorescos amigos del Vieux Carré.

Entró, sin encender las luces, cerrando tras de sí como siempre cerraban ellos: con un simple golpe a la puerta. Por el tragaluz entraban reflejos de una cercana calle en fiestas. El bullicio carnavalesco llegaba ya ahora muy diluido en la distancia.

Sonrió, tumbándose en la cama del estudio, y recordando al capitán Arnoux, que ahora estaría removiendo cielo y tierra para dar con ella. No le había caído mal el hombre, pero en modo alguno quería terminar volviendo al orfanato o a alguna institución similar.

Sabía a lo que se arriesgaba huyendo de la policía de aquel modo. No sólo la buscarían ahora para recluirla, sino que también sería calificada como un testigo importante en un caso de asesinato. Además de eso, ella misma podía correr peligro, bien lo sabía. Un peligro cierto, que cada vez presentía más cercano. Después de todo, no creía que fuera enteramente casual su presencia en aquel callejón, junto al cadáver de la prostituta de color. Algo relacionaba de alguna forma ambos hechos. El corazón le dio un vuelco al recordar al hombre a quien siguiera.

¿Se trataba realmente de Steve Whitman o había confundido a su joven amigo con alguien que llevase una prenda parecida, un antifaz negro y un cabello oscuro y rebelde como el de él? Empezaba a no sentirse demasiado segura de nada. Pero esta noche una vez más, el monstruo había estado muy cerca de ella. Demasiado cerca, tal vez.

—No creo que sea un gorila quien hace esas cosas —susurró, hablando consigo misma—. No puedo creerlo… Es como si alguien inteligente y malvado actuara de esa forma, no sé por qué… Presiento…, presiento que hay algo humano en todo este horror.

La idea le asustó más aún que imaginarse a la bestia evadida del circo deambulando por las sombras de Nueva Orleans en busca de víctimas que saciaran su ferocidad selvática.

No supo por qué, abrió de repente los ojos, fijándolos en el techo, en los vidrios de la claraboya inclinada que daba luz al estudio.

Una zarpa helada pareció aferrar su corazón, apretándoselo con

fría e implacable ferocidad. El terror, nuevamente, se apoderó de su persona de modo casi frenético.

Escapó de su garganta un gemido ronco, estremecido. Se irguió en la amplia cama, invadida por un pánico irracional.

—¡Dios mío, no! —jadeó—. ¡Otra vez…, no!

Allá arriba, contra los cristales iluminados por el reflejo de la calle en fiestas, la sombra grande, ominosa, se recortaba informe, revelando la presencia de alguien en el tejado, alguien a punto de asomar por allí, de penetrar quizás en el estudio a través de los frágiles vidrios del tragaluz…

Estaba sola en la casa. Sola frente a la amenaza anónima y terrible que llegaba del exterior, en la noche del Mardi Gras. Tal vez sola ante la propia Muerte, ante el monstruo desconocido que, por fin, la había encontrado…

CAPITULO VI

La sombra se movió en la vidriera lenta, sigilosamente. Ni un ruido se filtró a través de la abertura del techo, mientras un lejano reflejo de luz alargaba ominosa, extrañamente, esa silueta que parecía humana, pero cuyos contornos no estaban del todo delimitados, como si algo los hiciera borrosos, inconcretos. A veces, daba la impresión de ser un extraño, horrendo pajarraco.

¿Podía ser una criatura humana... o el horripilante gorila escapado del circo, del que hablaban todos los periódicos? Yvonne, agarrotada por el pánico y la angustia, incapaz de emitir otra cosa que un prolongado y ronco gemido que nadie podía oír, no apartaba sus dilatados ojos de aquella figura estremecedora, cuya proximidad a la vidriera era cada vez mayor, más inquietante, a juzgar por el crecimiento paulatino de su volumen, a medida que la distancia entre ella y la claraboya se iba reduciendo;..

Por si cabía alguna duda, o para ahuyentar definitivamente de su cabeza la idea de que pudiera ser todo fruto de su imaginación o de un simple juego de luces, algo chascó en el tejado, acaso un vidrio roto, una teja o cualquier otra cosa. Era obvio, estremecedoramente obvio, que una pisada, humana o no, había producido ese leve ruido. La prueba evidente es que la sombra se detuvo de momento, sin avanzar una sola pulgada. Yvonne contuvo el aliento, frenéticamente amedrentada, sintiendo temblar violentamente todo su cuerpecillo encogido.

—Dios, no..., no... —creyó musitar roncamente, aunque no estuvo segura de ello tan siquiera.

Pero la sombra, inexorable, volvió a agigantarse, a avanzar tras aquella breve pausa. El terror creció de grado en la muchacha. Y llevada de su pánico irrefrenable, esta vez sí gritó agudamente, y su mano, enfebrecida, aferró un objeto cercano a la cama, una figurilla de mármol de encima de una repisa, y la arrojó contra la vidriera del tragaluz.

El resultado fue inmediato. El vidrio estalló, al ser golpeado por el objeto, y comenzó a caer una lluvia de fragmentos menudos, tintineando sobre las ropas del lecho sobre su propio cuerpo aterido.

La sombra se paró en seco, pareció vacilar ante el estruendo, en tanto la joven gritaba y gritaba, presa de la histeria.

En ese preciso instante, la puerta del estudio se abrió con violencia y una voz fuerte, ruda, enérgica, llamó con ímpetu:

—¡Yvonne, Yvonne! ¿Qué sucede? ¿Estás ahí?

—¡Oh, Malcolm, Malcolm! —gimió la muchacha, saltando de la cama y corriendo a la entrada frenéticamente—. ¡Gracias a Dios que

estás aquí!

Se abrazó a él, exasperada, trémula, sollozando por causa de los nervios. El joven rubio la acogió con sus brazos, afectuosamente, rodeándola protector. Ella alzó los ojos, y vio las verdes pupilas del joven fijas en ella, aunque su rostro endurecido reflejaba tensión y perplejidad.

—Vamos, calma, calma —la serenó él—. Estaba buscándote por toda la ciudad, cuando pensé que al extraviarte podías haber venido aquí... Serénate, querida, y dime qué te ocurre.

—Arriba... en el tragaluz... ¡Es horrible, Malcolm! —gimió la muchacha, todavía sacudida por espasmódicos temblores.

El miró hacia lo alto resueltamente, sin dejar de rodearla con sus brazos. Le oyó hablar con calma:

—¿El tragaluz? No veo nada...

Giró la cabeza con rapidez Yvonne. Malcolm tenía razón. El tragaluz aparecía totalmente despejado, sin el menor rastro de la amenazadora sombra que provocase su terror de poco antes.

—Pero... pero yo le vi... —sollozó—. Estaba ahí... ¡Estaba ahí, Malcolm, lo juro! Era grande, muy grande... No sé si por efecto de la luz, pero era una sombra enorme, cada vez más próxima...

—Te creo, criatura, te creo —sonrió él con expresión sombría—. Es evidente que rompieron los vidrios al pretender entrar... Eso prueba que dices la verdad.

—No, no... —ella se encogió, cohibida—. Eso... Io hice yo.

—¿Tú? —los verdes ojos la miraron intensamente.

—Sí... Arrojé algo, una figurilla... Estaba aterrorizada... ¡Pero te juro que él estaba ahí, fuera quien fuese, dispuesto a entrar! Y lo hubiera hecho, de no llegar tú...

—Bueno, bueno, también te creo —la confortó él suavemente—. Veamos qué pudo ser lo que tanto te asustó... Quédate aquí. Yo subiré el tejado. Puede alcanzarse desde el rellano superior, el del sobreático, que sólo pertenece a un viejo desván en desuso, encima de este estudio...

— ¡No, no! —susurró la muchacha, frenética, aferrándose a él—. No me quedaré sola en ninguna parte. Voy contigo adonde sea preciso, Malcolm...

—Está bien, vamos allá —aceptó él, sonriente. Se inclinó, tomó de un rincón un bastón con empuñadura de plata, y enarbolándolo con una mano, mientras con la otra sujetaba firmemente la mano estremecida de Yvonne, fue al descansillo superior, separado del suyo por sólo cinco o seis peldaños, abrió una puerta situada frente a otra cerrada, y salieron a un tejadillo inclinado, por el que corría una especie de sendero plano, bastante accesible, aunque algo resbaladizo.

Abajo, en las cercanas calles, todo era luz y jolgorio. Los reflejos

de esas luces se proyectaban de modo fantasmal sobre las tejas y chimeneas del *Vieux Carré*, e incluso sus propias sombras, alargándose sobre el tejado, produjeron un efecto fantasmagórico, que impresionó a la joven. Malcolm sonrió.

—¿Lo ves? —dijo—. Cualquier merodeador pudo parecerte un monstruo, por efectos de la luz. Tal vez sólo se trataba de algún pillo que quería entrar en la casa, hay muchos en este barrio, tú bien debes saberlo.

Yvonne asintió, tímida. El recorrido por el tejado fue inútil. No vieron ni el menor rastro del merodeador nocturno. El regreso al estudio fue más calmado ya, aunque Yvonne se detuvo un momento en el descansillo, mirando aprensivamente la puerta contraria. Malcolm esbozó una sonrisa al advertir sus pensamientos.

—No temas —dijo—. Ese viejo desván nunca se utiliza. Está cerrado con llave, y sólo la casera entra en él de tarde en tarde.. Compruébalo.

Y giró varias veces el pomo, demostrando que era imposible abrir la puerta. Más calmada, Yvonne regresó con él al estudio. Una vez allí, Malcolm se inclinó a recoger un objeto de entre los fragmentos de vidrio caídos del tragaluz.

—Vaya, una de mis estatuillas, la de la diosa Afrodita. No creí que fuese tan mala como para arrojarla al tejado —comentó con humorismo.

—Yo..., Io siento, Malcolm. Fue lo primero que vi... También siento haber roto todos los cristales, pero estaba tan asustada...

—Claro, claro —aceptó el joven escultor de buena gana, dejando a Afrodita donde estaba antes, tras comprobar que no había sufrido daño. Luego examinó el tragaluz—. Habrá que poner un nuevo vidrio ahí, antes de que llegue el frío. Te lo descontaremos de tu primer beneficio con nosotros.

—Beneficio... —suspiró ella, sacudiendo tristemente la cabeza—, ¿Cuándo seré capaz de ganar algo por mí misma, que no sea robando un billetero? Esta misma noche, para volver aquí con un taxi, tuve que robarle unos billetes a un tipo...

—Bueno, seguro que cuando se dé cuenta, ni siquiera sabrá si los perdió, los gastó o se los robaron —rió Malcolm conciliador—. En noches así, nadie sabe lo que gasta ni lo que tiene encima. Eso es culpa nuestra, de todos modos. No debimos perderte de vista tan estúpidamente. Un grupo de enmascarados se nos cruzó, te soltarían de mi mano y de la de Sigrid... y ya no pudimos dar contigo por mucho que buscamos.

—Fue una experiencia horrible, Malcolm —susurró la joven—. Me metí en un callejón, creyendo ver en él a Steve. Pero sólo encontré... un cadáver.

—¿Un cadáver? —Malcolm la miró, repentinamente sobrecogido.

—Si, Malcolm. Una chica. Otra como las demás. Era mulata. Prostituta, dijo la policía. La habían destrozado horriblemente, como a las otras...

—¿La policía? ¿Es que te vieron acaso, hablaste con ellos?

—Estuve en su poder un rato, al desvanecerme. Iban a meterme en una de esas instalaciones para menores de edad. El capitán Arnoux, de Homicidios. Escapé en cuanto pude, y volví aquí.

—Brava chica. Cielos, has debido pasarlo muy mal —fue a un mueble, sirvió una copa de brandy francés y se la tendió a la muchacha—. Bebe esto. Te sentará bien. No quiero convertirte en una alcohólica, créeme. Pero hay momentos en que a uno le hace falta un trago.

Y dio ejemplo él mismo, bebiendo uno bastante largo de la botella. Yvonne apuró el brandy y tosió, pero un calorcillo grato y confortante se apoderó de ella. Malcolm la hizo sentar en la cama y él se situó a su lado, mirándola pensativo.

—¿Dices que creíste ver a Steve en ese callejón? —preguntó de repente.

—Sí —Yvonne le miró, arqueando las cejas—. Pero debí equivocarme. No era él.

—¿Estás segura de que no era él?

—Bueno..., le llamé y no me escuchó. Se metió en el callejón. Ya no le vi más. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada —hizo un gesto voluble—. Es que también lo perdimos esta noche.

—¿No sabes dónde está Steve?

—Eso es. No sabemos dónde está. Sigrid y yo nos separamos para ir en su busca, pero no dimos con él. Ni contigo, claro. Nos reunimos luego en un viejo café de Bourbon Street, donde la he dejado para venir aquí, al tener una corazonada. Me alegro de ella, sinceramente.

—Malcolm... —Yvonne encontraba dificultades para expresar ahora lo que sentía—. Malcolm... ¿qué pasa con Steve?

—Nada, ¿qué quieres que pase? —parpadeó él—. Que lo perdimos como a ti, eso es todo. Algo muy fácil de ocurrir en estos carnavales, con tanta gente por doquier...

—No me refería a eso. Sigrid y tú ocultáis algo relativo a Steve. ¿Por qué dijo ella que no hablase ni en broma de casarse con una chica? ¿Por qué vertió el vino al ponerse nervioso esta noche? ¿Quién es Susan? ¿Qué está pasando realmente, Malcolm, con vuestro amigo Steve? ¿De qué enfermedad hablasteis?

El pareció a punto de salir con otra de sus alegres evasivas. Pero de repente, su rostro se puso serio, taciturno, arrugó el ceño y los profundos ojos verdes se ensombrecieron.

—¿De veras quieres saberlo? —musitó.

—Sí, por favor.

—Está bien —suspiró él—. Sigrid tenía sus razones para decir eso. Steve estuvo prometido a una chica. Iba a casarse con ella. Eso fue el pasado carnaval…

—¿Susan?

—Eso es. Susan Woods, su modelo por entonces. Se enamoró perdidamente de ella. Susan era hermosa, muy hermosa. Fría, distante, casi cruel. Pero hermosa. Era una mujer rara, introvertida. Nunca me gustó. Pero a él le volvió loco. Iban a casarse, Steve era muy feliz. De repente, todo se fue al garete dramáticamente, de forma inesperada para todos.

—¿Qué ocurrió?

—Susan rompió el compromiso. Se burló de él sangrientamente, ante todos, y dijo que nunca se casaría con un mísero artista, bohemio y pobre como las ratas, y que había encontrado a una persona rica y capaz de pagarle todos sus caprichos más costosos. Steve se volvió como loco. Y sufrió el primer ataque.

—¿Ataque de qué? —se inquietó Yvonne.

—Ataque epiléptico. Bueno, pensamos nosotros que era el primer ataque. El médico que le examinó dijo que eso venía de lejos, pero que últimamente el mal parecía larvado, tal vez porque en su bohemia y su vida de artista había encontrado el aliciente que nunca halló en su acomodada vida burguesa. Lo cierto es que llovía sobre mojado. Una dolencia psíquica de la infancia se reproducía a causa de su tremenda decepción. Empezaron a darle más ataques, con mayor frecuencia cada vez… hasta que mataron a Susan.

—¿Qué? —se sintió Yvonne sobrecogida ante la noticia.

—Sí. Su amada encontró un mal final. No sé si merecido o no, no soy quién para juzgar. Lo cierto es que una noche de carnaval, justamente la víspera misma del Mardi Gras, Susan Woods apareció degollada brutalmente en el canal.

—¡El canal! —se estremeció Yvonne—, ¿Acaso el… el de Outfall?

—El mismo, sí. Cerca del Veterans Memorial Boulevard. Nunca se supo quién lo hizo. Esa noche, tras deambular bajo la lluvia sin rumbo fijo, Steve apareció aterido, presa de otra crisis espasmódica en unas callejas del Barrio Latino, y fue llevado a un hospital. Salió de él bastante mejor. Ya apenas si sufre ataques de epilepsia, pero se medica y no ha vuelto a fijarse en ninguna chica. Ahora ya conoces toda la historia, Yvonne.

—¿Toda? ¿No sospechó la policía de Steve?

—Quizás, no lo sé. Pero nadie pudo probar nada contra él, eso es lo cierto.

—¿Y vosotros? ¿Qué sospecháis vosotros dos?

—¿Qué más da eso? —se encogió de hombros Malcolm—. Es mejor dejar las cosas como están. Susan no era buena. No le hizo ningún bien a Steve ni a nadie. Tal vez su amiguito rico resultó ser un sádico. O tal vez tenía otros amigos por ahí, y uno de ellos era un criminal, nunca se sabrá quizás. Fue demasiado ambiciosa, y eso la perdió.

—Pero era un ser humano, Malcolm.

—De acuerdo. ¿Qué puedo hacer yo por cambiar las cosas, criatura? —le sonrió débilmente, tomando sus manos ateridas aún.

—Perdona, Malcolm, no quería decirte eso. Pero..., pero precisamente ahora, en los carnavales, en la víspera del Mardi Gras de nuevo... han comenzado a matar mujeres...

—Sé lo que piensas. No tiene sentido. Steve no es un monstruo. Seguro que no mató a Susan ni a ninguna otra. En cuanto a estos crímenes, son algo distinto. A Susan Woods nadie la destrozó. Simplemente, fue degollada. No se puede encontrar paralelismo entre un hecho y otros. Ahora, lo que debes hacer es descansar, querida. La noche ya ha sido lo bastante dura para ti.

—¿Y tú? ¿Qué harás? ¿Volver junto a Sigrid y Steve? —se alarmó ella.

—No, claro que no —rió él—. Voy a mi cama, no temas. Estaré en vela hasta que vuelvan los demás. Sigrid comprenderá que no regreso al café y vendrá hacia acá, sea sola o con Steve.

—Sola... —se asustó Yvonne—. Malcolm, es una mujer... No conviene que Sigrid vaya sola por esas calles... habiendo lo que hay suelto.

—Tienes razón —recapacitó él, arrugando el ceño—, Pero ¿qué podemos hacer?

—Ve a buscarla. Yo iré contigo. Esta vez procuraremos no soltarnos ni separarnos por nada del mundo.

—De acuerdo. Vamos allá. Lástima que no tenga un par de esposas para sujetarte mejor a mi brazo. Debiste quitárselas a ese tal capitán Arnoux cuando tuviste ocasión.

—¡Tonto! —rió Yvonne de buena gana, ya completamente tranquila gracias a la sensación de seguridad que le daba la presencia de Malcolm a su lado.

Salieron de la casa poco después, mezclándose con la riada de gente de Bourbon Street, que continuaba, infatigable, su pagano rito de despedida de carnaval.

Justamente a esas horas, en otra parte de la ciudad, tras unos disparos de rifle que conmovieron la tranquilidad de una zona industrial de las orillas del lago Pont-chartrain, al norte de la ciudad, El Gran Maxwell y los agentes especializados como tiradores de alta precisión, encontraban al fin al gorila «Kong», evadido del circo

Eastern.

Sólo que el temible gorila, el presunto asesino de mujeres... estaba muerto.

*

—Muerto...

El capitán Arnoux se aproximó lentamente, con gesto sombrío, a la gran nave industrial, repleta de embalajes conteniendo piezas de motores, a la enorme forma velluda, tristemente abatida sobre varias cajas destrozadas.

—Así es, capitán —dijo El Gran Maxwell sordamente, apoyado en su rifle de caza mayor—. Ni siquiera fue preciso disparar un solo tiro contra él. Los únicos que se hicieron fue pensando amedrentarle, al descubrir sus huellas en el barro, penetrando en ese almacén. Pero el pobre «Kong» estaba ya muerto. No soy médico, pero es fácil imaginar, por su estado y rigidez, que lleva ya sin vida más de dos días...

—Me temo que tenga usted razón —aceptó gravemente el policía, arrodillándose y tocando la piel del animal. Olfateó el aire, y sacudió la cabeza, apartándose con rapidez del lugar—. Vamos de aquí y rompan algunas vidrieras para que entre el aire. Huele mucho a gas. Debió producir la rotura de alguna tubería del conducto de gas, al pretender buscar alimentos o un punto de evasión. Luego, en su lenta agonía, rompió esas cajas y acabó cayendo intoxicado hasta morir. Lo lamento, señor Maxwell. Pero tal vez esto no hubiera sucedido, de denunciar usted a tiempo la desaparición de su simio.

—Sí, tiene razón, capitán —aceptó el domador con un suspiro, mirando tristemente a su animal muerto—. Pobre «Kong»... Le dije que no podía ser un asesino.

—Ahora ya lo sabemos, ciertamente. Su gorila no mató a las mujeres. Ya estaban bien muerto el pobre cuando comenzaron esos crímenes. De modo que hay que buscar a otro animal feroz... o a una persona.

—¡Una persona! —exclamó El Gran Maxwell horrorizado, mirando con asombro al oficial de Homicidios—. ¿Cree usted posible que semejante carnicería pueda producirla un ser humano, capitán?

—Mi querido amigo, se asombraría usted de las cosas que un ser humano es capaz de hacer a otro, especialmente si está loco.

—¿Cree que el asesino es un loco?

—Tiene que serlo, señor Maxwell —sentenció sombríamente Arnoux—. Ni el peor criminal se ensaña así con sus víctimas, a menos que tenga para ello una razón demencial, algo que está por encima de toda lógica y de todo comportamiento humano. Sí, me temo que

puesto que no buscamos ya a una fiera salvaje, sí tendremos que buscar por toda la ciudad a una fiera humana, a una verdadera bestia con apariencia racional, cuyo cerebro está gravemente enfermo…

Habían salido del almacén portuario donde yacía el gigantesco simio. Arnoux miró en tomo suyo a los desiertos y silenciosos muelles del lago, tan diferentes en aquellos momentos al bullicio y caos de las avenidas céntricas de la ciudad, con el ceño fruncido y una expresión de honda preocupación en su ancho rostro malencarado.

Como hablando consigo mismo, el capitán Arnoux comentó en voz alta, contemplando las distantes luces del carnaval ciudadano:

—O mucho me equivoco… o sé en qué zona exacta buscar a ese monstruo asesino. Quiera Dios que todavía sea lo bastante pronto para salvar la vida de una muchacha a quien temo que esa bestia humana persigue ya obstinadamente desde hace un tiempo…

CAPITULO VII

Yvonne y Malcolm no encontraron a Sigrid ya en la terraza repleta del viejo café de estilo francés en Bourbon Street. Por el contrario, y para repentino sobresalto de la joven, sí apareció en la puerta del local, con un refresco en su mano y una sonrisa cordial en los labios, la inconfundible figura de Steve Whitman, luciendo su negro antifaz y su kimono oriental, flotando en torno a su esbelta y arrogante figura varonil.

—¡Hola, queridos! —saludó jovial—. Ya era hora de que encontrara una cara conocida por aquí. He perdido el rastro de Sigrid, y me sentía muy solo aquí, aunque más de diez bellas enmascaradas me han ofrecido todos los placeres del paraíso si iba con ellas de juerga.

—Siempre dije que eras demasiado guapo para competir contigo ventajosamente —se quejó Malcolm con su habitual frivolidad, soltando una leve carcajada. Luego añadió, confidencial—: Tal vez nuestra querida amiga Sigrid «ligó» con algún atractivo enmascarado y no la veremos hasta mañana. ¿Qué tal si tomamos algo juntos los tres?

—Me parece perfecto —bostezó Steve—. Empezaba a aburrirme yo solo, pese a todas las tentaciones que llaman a mi puerta.

Riendo, los tres jóvenes entraron en el café, repleto de un gentío vociferante y frenético, a quien le importaba poco lo que le sirvieran, con tal de que fuese alcohol, para seguir animando la velada. Por el camino hacia una mesa apartada, donde Steve había encontrado asiento, Yvonne no pudo evitar mirar de soslayo, con preocupación y recelo, a su amigo y protector inicial, el joven Steve. Viéndole así, parecía imposible imaginarle enfermo de epilepsia, y menos aún sospechoso de asesinar a su amada Susan Woods en un arranque de celos brutales. Sin embargo, recordó lo causal de su encuentro con él, la noche anterior justamente poco después de sentirse vigilada por alguien, la duda que albergaba acerca de si era él o no la persona a quien viera entrar en el callejón, poco antes de encontrar asesinada a la mulata ramera.

El miedo, la incertidumbre, la congoja de una duda cada vez más profunda e inquietante, iba haciendo mella en ella de forma paulatina. Pensar en que Steve fuese un monstruo feroz, capaz de asesinar a chicas indefensas de aquel modo, era realmente atroz. Pero la duda, la sospecha, seguía germinando, pese a todo cuanto la razón pudiera objetar. Y sin embargo, se le veía tan jovial, tan divertido y risueño en esos momentos...

Bebieron refrescos sin alcohol, para mantener la cabeza despejada

en medio de aquella olla de grillos alcoholizados, según frase ingeniosa del siempre frívolo Malcolm Forbes. Luego, Steve sugirió salir para ver el último desfile de carrozas, antes de retirarse a descansar, vista la prolongada ausencia de Sigrid.

—¿No sería mejor buscarla? —sugirió Yvonne tímidamente—. Tengo miedo por ella...

—¿Por Sigrid? —rió Steve con buen humor—. Tiene fuerzas -suficientes para defenderse por sí sola de cualquiera que quiera molestarla, te lo aseguro.

—¿Incluso para defenderse del asesino que destroza a las mujeres? —no pudo evitar preguntar la joven.

Steve se quedó boquiabierto, rígido. La miró fijamente a través del negro terciopelo de su antifaz, y luego de una larga pausa, habló con estudiada lentitud, como si midiera cada palabra antes de pronunciarla:

—Espero que ese asesino respete a nuestra querida Sigrid —manifestó dirigiendo una mirada algo fría al sonriente Malcom—. Sí, estoy seguro de que será así, o sería el primero en estar buscándola desesperadamente por todas partes... Creo, querida Yvonne, que por tu propio bien, deberías olvidar ese horrible asunto de los asesinatos.

—No puedo, Steve —jadeó ella, sin quitarle los ojos de encima—. Esta noche mataron a otra chica, una mulata que ejercía la prostitución. Yo la encontré en un callejón.

—¿Tú? —los ojos oscuros, taladrantes, del joven Whitman, se clavaban en ella con obsesiva fijeza—, ¿Cómo pudo ocurrir eso, Yvonne?

—Creí verte entrar en un callejón cuando me había perdido. Te seguí... y di con ella. Luego vino la policía y me atendió.

—Entiendo —humedeció lentamente sus labios—. No era yo, debiste equivocarte de persona, Yvonne. Pero si es como dices, esta ciudad comienza a hacerse muy peligrosa para las mujeres que andan solas. Vamos, será mejor que busquemos a Sigrid, ¿no te parece, Malcolm?

—Si tú lo dices... Vamos allá.

—Perdonad. Antes debo ir un momento a la toilette —musitó Yvonne—, Serán sólo dos minutos...

—Claro —asintió Steve—. Es ahí mismo, al fondo de ese pasillo. Estaremos aquí, de modo que no temas nada. Te esperamos.

Ella asintió, penetrando en el vecino pasillo, hasta hallar al fondo una puerta sobre la que figuraba dibujada una mujer, junto a otra con un caballero. Entró y cerró. Se sentía agitada, confusa. Algo ocultaba Steve, de eso no había duda. Estaba segura, incluso, de que había mentido. Aquellos ojos no eran francos cuando le dijo que él no era el hombre del callejón. Pero sí mentía... ¡es porque él era el asesino!

La idea era demasiado horrible para aceptarla. Notó que temblaban sus manos cuando las enjuagó en el lavabo. Y el espejo le devolvió una imagen públlica, en contraste con el verde brillante de su antifaz.

Salió del lavabo, confiada. No debió hacerlo. De inmediato, alguien la aferró, cubriendo su boca con la mano, y amordazándola así eficazmente. Forcejeó, pero una persona fuerte tiró de ella hasta otra puertecilla trasera, que salía a un angosto callejón empedrado, situado en la parte posterior del café.

—Por favor, no hables —susurró una voz—. No grites, no digas nada, no forcejees. No voy a causarte daño alguno, lo juro. Entra aquí, pronto.

A viva fuerza, se sintió metida en un automóvil aparcado justamente a la espalda del café, en aquel oscuro callejón adonde el bullicio carnavalesco llegaba muy amortiguado ya. Sus forcejeos persistieron con mayor energía al reconocer a su captor.

El hombre que la había raptado de forma tan brusca y violenta, no era otro que Steve Whitman. El la retuvo con mano-firme, amordazando su boca y sujetándola contra el asiento, mientras con una sola mano conducía el automóvil hasta alejarse del café.

Sólo cuando alcanzó otra callejuela en sombras, lejos del lugar donde quedaba Malcolm Forbes, posiblemente ajeno a lo ocurrido, la soltó, pero apoyando su fuerte mano en la portezuela, de forma que le impedía toda posible evasión. Aunque gritase, supo Yvonne que nada iba a conseguir, dado lo desolado del lugar y el hecho de que todas las ventanillas tuvieran los cristales subidos. Al leve resplandor del tablier, el rostro enmascarado de Steve era como una máscara de piedra inmóvil. Sus ojos brillaban, más oscuros y ardientes que nunca.

—Me..., me has raptado... —jadeó Yvonne, trémula—. ¡Vas a asesinarme como a las otras, Steve!

El la miró con aquella rara fijeza suya, sonrió extrañamente y murmuró:

—¿Quién te ha dicho que yo soy el asesino, Yvonne?

—Yo lo sé... ¡Lo sé ahora! Eras tú realmente quien entró en el callejón... ¡Eras tú quien destrozó a la mulata, como a todas las demás, como degollaste aquel otro carnaval a Susan Woods por celos y por venganza!

Los ojos de Steve ni pestañearon. Su rostro no reflejó emoción alguna.

—¿Crees de veras eso que estás diciendo, Yvonne? —preguntó, calmoso.

—¡Sí! ¡Oh, Dios mío, no podía aceptarlo, no podía imaginar que tú... mi primer amigo de verdad, el hombre a quien pedí ayuda... pudiera ser... eso, un monstruo de maldad, un loco asesino! Pero lo

que supe luego... lo que me contaron de ti, de Susan... lo que se dejaba entrever por las palabras de Sigrid y por tus propias reacciones... me convencieron de que eran ciertas mis horribles sospechas respondieran a la realidad...

—Yvonne... ¿qué harías tú si yo fuese el asesino que imaginas? —quiso saber Steve con tono suave, tal vez incluso demasiado suave, a juicio de la aterrada muchacha.

—No..., no sé. Supongo que debería avisar a la policía, si pudiera. No deseo que te maten, no quiero que te hagan daño... Sólo que cuiden de ti, que te lleven a alguna parte donde te atiendan debidamente, donde te hagan sanar de cualquier mal...

—Tú sabes lo que es encerrar a alguien en un sitio así. Yvonne. Deseas ser libre, huyes de esos sitios... ¿Crees que allí sana realmente alguien? Sean orfanatos, hospitales psiquiátricos, manicomios... lo que sea. No, Yvonne. Nunca resuelven nada. Yo estuve de niño en un centro especializado. Querían curarme de mis ataques epilépticos, de mis crisis. Lo lograron sólo en parte. Luego, siendo ya mayor, bastó un shock como el que provocó Susan en mí, para que volviese a sufrir el mismo mal... Ahora dicen los médicos que estoy muy recuperado. Pero que pueden volver en cualquier momento, que puedo enfermar de nuevo, especialmente si sufro depresiones o frustraciones graves... Ni siquiera puedo estar seguro de mí mismo en nada, Yvonne...

—Pero eso, Steve..., eso no es motivo para matar, para destruir vidas, para ser un asesino —gimió ella, sobrecogida, sin dejar de mirarle, con una rara mezcla de horror y compasión.

—No, claro que no. Nada puede serlo. Matar es algo que no tiene excusa. Matar con odio, con ferocidad, con animalidad salvaje, menos aún.

—¿Lo..., lo comprendes? —susurró ella, tímida y algo esperanzada.

—Claro que lo comprendo, Yvonne. Lo comprendo muy bien. Me di exacta cuenta de ello, en toda su espantosa magnitud, cuando entré en aquel callejón esta noche... y vi a esa desdichada sobre su propia sangre, ante mí.

—Entonces era cierto. No me equivoqué... Eras tú el hombre a quien seguí por aquel callejón, Steve...

—Sí, era yo, Yvonne —la miró larga, silenciosamente. Luego meneó la cabeza, sonriendo irónico—. Es curioso. En estos momentos, Malcolm debe estar buscándonos por ahí, lleno de pánico, temiendo lo peor...

—Sí..., supongo que sí —jadeó Yvonne, trémula—. Pero no me has hecho nada...

—No, no te he hecho nada —dejó de sonreír, estudiándola gravemente—. Yo, Yvonne, te he traído aquí porque necesito decirte

que...

En ese momento, de modo que a la atemorizada muchacha le resultó providencial, casi milagroso, alguien emergió del compartimento posterior del automóvil, y golpeó certeramente en la cabeza a Steve Whitman.

El golpe fue aplicado con algo contundente, y Steve, con un gemido ronco, puso los ojos en blanco y se desplomó de inmediato sobre el asiento, ante el volante. Un delgado hilo rojo corrió por sus cabellos y trazó un surco en su frente.

—¡Dios sea loado! —gritó Yvonne, volviéndose asombrada hacia atrás—. ¡Tú!

—Hola, querida —sonrió la rubia Sigrid, emergiendo su poderosa anatomía de detrás del coche, esgrimiendo en su mano una negra bolsa que, a no dudar, contenía algo lo bastante pesado y contundente como para dejar sin sentido a un hombre fuerte como Steve, con un solo y preciso golpe—. Por lo que veo, he sido muy oportuna...

—Sigrid... Tú sabías...

—Claro. Siempre lo supe. Vigilaba a este pobre loco. Por suerte, pude ocultarme en su coche y esperar. Sabía que, tarde o temprano, intentaría algo así y yo podría actuar a tiempo. Vamos, ayúdame a ponerle aquí atrás. Luego iremos a ver a la policía y le contaremos todo.

Yvonne y Sigrid cargaron con el cuerpo, que gracias a la fuerza física de la recia mujer rubia, pudo ser trasladado hasta el asiento posterior, donde la rubia walkyria lo depositó pesadamente, con un suspiro de alivio.

—Ya está —aprobó—. Ahora, en marcha. Vámonos de aquí en seguida.

—Podríamos volver al café de Bourbon Street —sugirió Yvonne, aliviada—. Allí se quedó Malcolm esperándome...

—No podemos correr el riesgo de andar por ahí con él, y que vuelva en sí y nos ataque a las dos, querida —la reprochó vivamente Sigrid—, No, será mejor llevarle directamente a la policía cuanto antes. Ahora, ambas sabemos lo peligroso que es Steve Whitman...

Yvonne asintió, muda, sentándose junto a la decidida mujer. Sigrid tomó el volante, echando atrás su amplia capa negra, y se puso a conducir. Rodaron en silencio un tiempo, en silencio las dos mujeres.

Al fin, Yvonne susurró unas pocas palabras:

—¿Por qué no avisaste antes a la policía, si sospechabas de él?

—No tenía ninguna evidencia, querida —resopló Sigrid—. Yo era buena amiga de Susan. Me dolió su horrible final. Pero no podía acusarle de eso ni de ninguna otra cosa. Ahora será distinto. Te raptó a ti, intentó matarte...

—No me había atacado aún cuando interviniste...

—Tenía todo el tiempo del mundo para hacerlo —suspiró ella-—. Tal vez eso le complacía más. Ensañarse en su víctima, ser lento, cruel con ella, gozar con su agonía y su terror, antes de masacrarla…

Yvonne miró por la ventanilla. Se sorprendió ligeramente.

—Sigrid, creo que equivocas el camino —señaló—. Estamos metiéndonos por los embarcaderos del Mississippi…

—No te preocupes por eso. Trato de eludir las calles obstruidas por el tráfico carnavalesco, eso es todo.

—Es un rodeo muy raro, Sigrid. No hace ninguna falta alejarse tanto del centro y meterse por estos lugares tan solitarios y oscuros. Si él vuelve en sí…

Sigrid respiró hondo y metió el freno, deteniendo el coche entre dos embarcaderos totalmente vacíos y apenas alumbrados por dos distantes farolas de luz azul. Giró la cabeza y miró con sus ojos azules muy brillantes a su amiga y compañera.

—Deja de fastidiarme, Yvonne —pidió, algo seca—. Sé lo que hago, ¿está claro?

—Sí, como tú digas —admitió dócilmente Yvonne—. No volveré a molestarte, Sigrid.

—Perdona —se excusó la rubia—. Creo que estoy algo nerviosa con todo esto. No te falta razón en lo que dijiste. Valdrá más asegurarse de que Steve está a buen recaudo, vuelva en sí o no. Mira, allí hay cuerdas de fardos. Voy a por unas cuantas para atarle bien. No te muevas de aquí.

Bajó del coche y se alejó hacia un montón de fardos de un embarcadero. Se aproximó a un montón de cabos de cuerda sueltos, para tomar algunos. La luz de una farola proyectó su sombra, agigantándola sobre una pared de ladrillos.

Yvonne lanzó un grito ronco, instintivo. Retrocedió, aterrada, al ver la sombre en el muro.

Era idéntica a la que viera en la claraboya del estudio aquella misma noche. Ahora sabía por qué sus perfiles eran poco definidos. La capa. Los pliegues de la negra capa, al moverse, diluían la forma, convirtiéndola en algo parecido a un monstruoso pajarraco siniestro…

—¿Qué pasa? —se volvió hacia ella Sigrid, sorprendida por su grito—, ¿Ocurre algo malo, Yvonne?

Se dio cuenta de su expresen crispada, del modo amedrentado de mirar hacia la gran sombra que ella misma proyectaba ahora sobre la pared de ladrillos. Los azules ojos de Sigrid se tornaron repentinamente como dos vidrios helados en la penumbra.

Yvonne chilló, retrocediendo y golpeándose contra la carrocería del coche. Aquellos ojos…

Conocía ese brillo extraño, torvo, casi animal. Era el mismo que creyera vislumbrar la noche antes, cuando «algo» la seguía desde el

canal…

—Oh, Dios, no… —jadeó con voz quebrada, intensamente pálida —. Tú…, no…

Sigrid, la simpática, fuerte, afable y rubia Sigrid, de nórdica belleza y opulento cuerpo, sonrió extraña, malignamente. Se irguió, y la sombra en la pared adquirió proporciones diabólicas. Dejó caer los cabos de cuerda de una mano. La otra sujetaba aún aquella negra, misteriosa bolsa conteniendo algo que dejara sin sentido a Steve de un solo golpe.

—Vaya, querida… —susurró Sigrid—. Lo siento. De veras lo siento por ti… Has precipitado los acontecimientos. Te has dado cuenta de todo, ¿eh, pequeña? Sí, te has dado perfecta cuenta de la realidad. Ahora ya lo sabes. Sabes que yo… YO SOY EL MONSTRUO a quien tanto temes…

Y abriendo la enigmática bolsa negra, extrajo de ella algo espantoso, que brilló con metálico color negro en la noche vacía y silenciosa de los embarcaderos ribereños, al sur de la ciudad.

Yvonne contempló el objeto, alucinada. Comprendió ahora cómo sucedían las cosas, qué clase de muerte la aguardaba a ella, lo mismo que a las otras mujeres muertas.

Lo que Sigrid esgrimía en su crispada mano era una especie de quijada, unas fauces de acero dentadas, articuladas, cuya presa destructora no había duda que podía despedazar carne y huesos de cualquier persona con una simple presión de la mano asesina.

CAPITULO VIII

Aquella boca artificial, hecha de negro acero y con afiladísimas sierras de dientes e incisivos arriba y abajo, como un cepo monstruoso para cazar animales salvajes, se agitó en las sombras, emitiendo un agrio chirrido. Sigrid soltó una seca, áspera carcajada.

—De modo que pensaste que Steve era el asesino, ¿verdad? -—se mofó roncamente, moviéndose implacable hacia su víctima—. ¡Qué estúpida has sido! ¡Qué estúpidos fueron todos! Sólo Steve, precisamente, sospechó la verdad, quizás esta misma noche... Supe que me vigilaba cuando me siguió a aquel callejón donde tú le viste entrar... Sí, había logrado descubrir mi secreto, no sé aún cómo... Pero cuando llegó era tarde. La prostituta de color ya estaba muerta y bien muerta... Estuvo a punto de arruinarlo todo. Iba a revelarte la verdad, a denunciarme a la policía. Por fortuna, lo sospeché así y me oculté en su coche... Y tú, estúpido tortolillo, imaginaste que llegaba providencialmente para salvarte la vida, para abatir heroicamente al feroz asesino. Nunca imaginaste que fuese yo el ser a quien tanto temías, ¿verdad?

—No, Dios mío, ¿cómo imaginarlo? —musitó Yvonne—, Eres..., eres una mujer... ¿Cómo pudiste llegar a eso? ¿Por qué...?

—Tú no lo entenderías —rió la asesina—. Tenía que vengarme de alguna forma de ellas, de las mujeres que son como Susan Woods. De mujeres casquivanas, hermosas, frívolas, inconstantes... Artistas, modelos, prostitutas... ¡Todas son iguales que Susan! Mi amada Susan...

Su voz se le quebró en un sollozo ronco. Los ojos brillaban como carbones azules, encendidos en la oscuridad. Las fauces de acero chascaban, ominosas, a muy corta distancia ya de Yvonne.

—Pero yo..., yo no soy una mujer de esas... —gimió Yvonne, amedrentada.

—No, querida. Anoche pensé lo contrario al verte sola por ahí. Hay tantas adolescentes que venden su cuerpo a los demás... Os odio a todas las que podéis venderos de alguna forma. Luego, al conocerte, en realidad ya nada tenías que temer de mí. Pero Steve se enamoró de ti. Y eso cambió las cosas. Sí. Decidí matarte...

—¿Es Steve la causa? ¿Es que matas a las mujeres porque le amas a él acaso?

—¿Amarlo? —soltó una áspera carcajada y negó con la cabeza: Sus ojos eran dos brasas heladas, llenas de ansias homicidas—. No, cariño, no entiendes nada... Te lo dije antes. Yo amaba a Susan. Pero no como una mujer aprecia a otra, ¿entiendes? Yo..., yo era el misterioso protector rico de Susan Woods, la persona por quien ella

abandonaba a Steve... No se iba con un hombre, sino con una mujer. Yo..., yo soy artista y finjo ser pobre. Pero realmente soy rica, muy rica. Me gustó Susan, estaba loca por ella. La seduje. Iba a pagarle todos sus caprichos. Y se vino conmigo, dejó a Steve. Pero ¿qué hizo luego, la muy zorra? ¡Engañarme con otros hombres! No, ella era demasiado ardiente para conformarse sólo con el amor de una mujer. Necesitaba hombres, hombres. Era insaciable. La sorprendí en sus correrías nocturnas. La degollé...

—¡Oh, no, no! —sollozó roncamente Yvonne, cubriéndose el rostro con las manos.

—Y supe que había algo hermoso en matar mujeres pervertidas, prostituidas, de las que se entregan a los hombres... —jadeó con expresión demoníaca, enloquecida—, Supe que matar era un hermoso rito, que derramar sangre de hembras infieles era excitante, magnífico. Mi placer creció de punto con ello. Ensañarme en sus cuerpos hermosos y fáciles, siempre en venta, era turbador, hasta provocar el éxtasis supremo...

Entornaba sus ojos con una expresión entre lúbrica y horrenda, con una mezcla indescriptible de deseos mórbidos y de ansias sanguinarias como Yvonne jamás imaginó en ser viviente alguno. El cuerpo exuberante de Sigrid temblaba, sus carnes vibraban en éxtasis, sus pechos se agitaban, rítmicos y exultantes, su boca se estremecía, como en un beso de muerte y de odio.

Supo que era el fin. Ahora sería ella la nueva víctima. Porque sabía demasiado, porque Steve sentía algo por ella, porque había descubierto la monstruosa identidad del asesino de Nueva Orleans...

—Matar a tu patrona, madame Chantal, fue un placer solamente por eliminar de este mundo a una creadora de rameras y de mujeres fáciles —susurró—. Como será grato ahora matarte a ti, preciosa criatura, para que nadie te desee nunca, para que el único espasmo de placer que provoques en alguien con tu hermoso cuerpo adolescente, sea en mí, en la mujer que no puede poseerte, pero sí destruirte... ¡Muere, pequeña zorra!

Y las fauces atroces, de metal incisivo, desgarrador, se precipitaron sobre ella. Yvonne lanzó un largo alarido de terror y de angustia, esperando sentir en sus jóvenes, virginales carnes, la dentellada de la muerte a manos de aquella satánica demente, que convertía el crimen en un sangriento ritual de sexo y de odio, de placer y de ensañamiento.

*

La sombra se interpuso entre ella y aquellos colmillos de acero que ya iban a hincarse en su carne. Un rugido de cólera escapó de labios

de la asesina.

—¡Aparta, Steve, maldito seas! —rugió—. ¡No quiero matarte a ti también!

—¡Tendrás que hacerlo si quieres acabar con Yvonne, maldita loca, eso te lo aseguro yo! —bramó la voz de Steve Whitman, mientras su cuerpo recibía sin poderlo evitar una dentellada de la boca de metal, que le hizo encogerse, dolorido.

—¡Muy bien, tú lo has querido! —chilló Sigrid, cuyas fuerzas físicas, evidentemente considerables por naturaleza, se veían ahora centuplicadas por su rabiosa demencia asesina—. ¡Muere entonces, estúpido!

Cargó sobre Steve que, pese a descargar sobre ella un par de secos puñetazos, aturdido como estaba por el golpe anterior y por la dentellada de acero en su brazo, se tambaleó, vacilante. Sigrid demostró ser un titán físicamente, ya que aprovechó el momento para clavar su rodilla brutalmente en el mentón de Steve, lanzándole de espaldas, violentamente, contra el suelo del embarcadero.

Rápida, la asesina se precipitó sobre su víctima, esgrimiendo las negras y siniestras fauces de acero abiertas, prestas a desgarrar la garganta del caído.

Yvonne recordó vagamente algo. Corrió al coche, abrió la portezuela, buscó frenética en la guantera. Su mano se cerró sobre la culata del revólver que Steve esgrimiera la noche antes para protegerla.

Alzó el arma cuando Sigrid iba a clavar las fauces de metal en el cuello del aturdido Steve. Luego, apretó el gatillo, a ciegas casi, aunque sujetando el arma con sus dos manos.

Retumbó la detonación en el silencioso embarcadero. La bala llegó a su destino.

Sigrid se paró en seco, aturdida, convulsa. Alzó la cabeza, con una expresión de enorme estupor. En su pecho macizo, se abrió ahora un orificio por el que brotaba la sangre copiosamente. De su mano cayó el artefacto de metal homicida.

—Tú... maldita... mocosa... no puedes vencerme... —jadeó con una expresión horrible, de odio y de rabia.

Tosió, llenándosele los labios carnosos de burbujas de sangre. Se dobló lentamente, comenzando a caer. Steve, ya recuperado, se incorporaba en ese momento. La vio desplomarse junto a él, entre espasmos de agonía.

Lejana, llegó la sirena de un coche, hendiendo la oscuridad de la noche. Steve caminó tambaleante hacia Yvonne, chorreando sangre por su brazo, mordido por los incisivos de acero. Ella sollozaba, tras dejar caer el arma a sus pies.

—Has sido muy valiente, criatura —murmuró, rodeándola con su

brazo ileso—. Muy valiente. Creo que ahora sabes lo que quise decirte antes, por qué te llevé conmigo..

Miraron al coche-patrulla que avanzaba a toda velocidad por el muelle. Conducía el propio capitán Arnoux. Junto a él, vieron a Malcolm Forbes, pálido y alarmado.

—Steve... —susurró Yvonne, pegada a él—. Steve, no quiero volver a un orfanato ni a un sitio parecido...

—Yo tampoco quiero volver a un hospital, pequeña —sonrió él, apretándola contra sí—. Existe una solución para eso, ¿sabes? Eres menor de edad, pero puedes casarte conmigo, puesto que no tienes familia... Así, yo responderé por ti... y tú responderás por mí. No sé si es un buen pacto para ti, Yvonne, pero no se me ocurre otra cosa...

—Sí, Steve, sí... —sollozó la muchacha, mirándole al rostro—. Para mí, es un hermoso pacto... siempre que sientas algo por mi, más allá de la compasión y la amistad.

—¿Compasión? ¿Amistad? —él se inclinó hacia ella. Besó sus labios, y luego murmuró, acariciando aquel joven cuerpo de adolescente, estremecido y trémulo—: Me gustaste desde que te vi, chiquilla. Y no soy tan mayor como crees. Sólo te llevo seis años. No es mucho para una pareja, ¿sabes?

—No, Steve. Es..., es la pareja ideal —dijo ella, entre risas y llanto.

Y se colgó de su cuello, pegando sus labios a los de él.

Cuando el coche policial se detuvo a poca distancia de ellos, Malcolm y Arnoux corrieron a ver el cuerpo agonizante de Sigrid. El policía sacudió la cabeza.

—Era como temía —dijo al escultor—. Se trata de Ilse Olson, una rica heredera caprichosa de tendencias lésbicas, que gustaba de vivir una doble vida. No tenía familia. Pero de muchacha sufrió una dolencia mental bastante seria, de la que la creían curada...

—Dios mío —murmuró Malcolm, sacudiendo la cabeza—, No sospecharlo nunca...

Se volvió. Miró a la joven pareja, que aún continuaba besándose.

—Déjeles a ellos —sonrió Arnoux con parsimonia—. Creo que ya no tendré que ocuparme por el porvenir de esa jovencita hasta su mayoría de edad, amigo mío.

Y aunque iniciaba una sonrisa comprensiva y casi paternal, ésta se heló en sus labios cuando contempló el ensangrentado artilugio de acero que yacía a pies de la ya casi difunta Sigrid, en realidad Ilse Olson.

—Dios —murmuró—. Me pregunto cómo la locura humana llega a veces a tales extremos... pero nunca encuentro la respuesta.

Y se encaminó lentamente a su coche, para esperar la llegada de la ambulancia y de los peritos policiales, mientras allá, en la distancia, la madrugada de Nueva Orleans seguía ardiendo en la hoguera ritual



y lujuriosa de sus carnavales, la noche mágica del Mardi Gras.

FIN